

TRÍPTICO



Enrique Martínez Vásquez

Editorial Centro de Estudios Sociales de América Latina
2020

TRÍPTICO

ENRIQUE MARTÍNEZ VÁSQUEZ

Prólogo: GUSTAVO VEGA

FICHA TÉCNICA

Título: Tríptico

Autor: Enrique Martínez Vásquez

Prólogo: Gustavo Vega

© Editorial Centro de Estudio Sociales de América Latina (CES—AL.) <http://www.ces-al.ml>

Cuenca (Ecuador) 2020

CRÉDITOS

Cuidado edición: CES—AL

Ilustración de portada: María Paz Carpio

ISBN: 978-9942-8864-6-0

Diseño y diagramación: CES—AL

QUEDA TOTALMENTE PERMITIDA Y AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE MATERIAL BAJO CUALQUIER PROCEDIMIENTO O SOPORTE A EXCEPCIÓN DE FINES COMERCIALES O LUCRATIVOS

Índice

Prólogo por Gustavo Vega.....	3
Tríptico.....	14

PRÓLOGO

ANTES QUE ME OLVIDE

Es bueno y saludable -para ponerlo en lenguaje de la medicina- narrar las cosas de la vida y la historia, antes que la memoria nos interponga una zancadilla. También en mi caso, invoco prologar y comentar el presente libro, antes que me olvide. Cuando ingresé a la facultad de ciencias médicas, en la escuela de medicina de la Universidad de Cuenca en el año 1967, el Hospital “San Vicente de Paúl” representaba el lugar sustancial de las prácticas indispensables en la educación médica de entonces.

Recuerdo bien que, a la sazón, el doctor Enrique Martínez, especialista en ortopedia y traumatología, era el cirujano que más operaba en los quirófanos del añejo y tradicional hospital. Su experticia en la rama recibía el respaldo y acreditación de rigor. Dicha Casa de Salud fue regentada para la época por las Hermanas de la Caridad, luego secularizada parcialmente y deviniendo en lo posterior en el Hospital Regional “Vicente Corral Moscoso”. Ah la historia de los hospitales, territorio único en donde las memorias se agolpan a raudales. Espacio en donde la vida y la muerte se dan la mano y se saludan a veces a regañadientes, otras en filosófica hermandad. Viejo hospital de tantas memorias, de silencios, de alegrías y sin contradicciones, también de angustias acumuladas para pacientes, profesores y estudiantes. Heredero del primer hospital en la época fundacional de la Cuenca española (saga de la Guapondelig cañari y de la Tomebamba, inca) iniciado por la orden de los Betlemitas, abierto en el local de la actual calle Benigno Malo y Gran Colombia, esquina. En donde hoy funciona restaurado el centro cultural de la

urbe y antes, servía para las niñas como la antigua escuela Central.

El libro que comento y prologo (Enrique Martínez Vázquez. *Tríptico*. Ed. Centro de Estudios Sociales de América Latina, 2020) ha recibido la recomendación requerida como par académico por parte del doctor José Manuel Castellano, académico español y latinoamericano de amplia trayectoria. La obra da cuenta sobre todo de una época ya reposada en la memoria en torno a la década de los sesenta y parte de los setenta del siglo pasado. El libro y su autor nos llevan a través de un recorrido imaginario por una Cuenca andina, la de los ríos, la conservadora, la parva, la universitaria, la que hipnotiza con sus artesanías, la que sabe de poner su acento con esdrújulas cantadas, la emprendedora y empresarial, la recoleta, también la hipócrita. Pero también nos llevan a través de dicho recorrido imaginario por una Cuenca “cargada de alma”, en la definición del poeta quiteño Gonzalo Zaldumbide.

Una Cuenca atada y anclada en el tiempo que el presente libro se encarga de ponerle permanentes correlaciones con el mundo de la medicina y la salud.

Parte del libro toca los *déjà vu* de los años cincuenta del siglo pasado, cuando la ciudad reportaba escasamente cincuenta mil habitantes, en contraste con multiplicarla por diez para el 2020. Y todo ello en contexto con la realidad de médicos, estudiantes y pacientes.

Campanarios llamando a misa a las seis de la mañana; yo agregaría, la procesión del Rosario de la Aurora que una vez por semana, los sábados de madrugada, que a mis ventanas de la casa de la calle Bolívar y Padre Aguirre en donde crecí en mi infancia, llegaban sus cánticos entre místicos y arrobados.

Sus calles adoquinadas surcadas por aislados y contados automóviles daban acceso a paladear con la mirada lenta, portones de madera añejos con cerrajería

tradicional, aleros de palomas habitados, que paulatinamente cedían paso a lo funcional.

Se menciona bien en el libro la irracionalidad del gusto y el apego que transitoriamente migraba de lo patrimonial a una estética utilitaria de dudoso gusto.

Épocas en donde se derrumbaban y derrocaban fachadas para dar acceso a un comercio emergente. Edificios afrancesados, tumbados de latón policromo en riesgo. Salones vieneses con muebles de esterilla y fina madera generalmente negra o café; sillones señoriales y mecedoras de va-y-ven de estilo vienés perdían la cabeza muebles y sus dueños y se vendían como gallinas con mal en mercadillos de feria para dar paso a lo moderno, a lo que podía ser atado a la nueva visión del mundo que idolatraba al progreso. Y en nombre de la modernidad, el centro histórico de Cuenca se desquiciaba en locuras alienantes.

Orden y progreso sigue siendo emblema de Brasil como país. Alianza para el progreso se denominó un programa multilateral con los Estados Unidos. El progreso tiene varias lecturas, el progreso no solamente como modernidad sino como un salto dudoso hacia formas de vida que prescindían de la tradición, de la memoria y también de las estéticas acumuladas que el mundo tenía en épocas previas. Tantas veces, que altares de capillas, hornacinas y retablos de iglesias fueron subastados y rematados con una liviandad espantosa. Fueron épocas donde lo clerical cedía paso a lo seglar y laico, pero en las cuales a la vez se cometían irreverencias culturales propias de “nuevos ricos” des sacralizando el arte sacro, valga el pleonasma.

Sin duda, es un símil de lo que ha ocurrido en otros países; después de la revolución mexicana entre 1910 y 1920, que produjera escarnios dolorosos, más de un millón de fallecidos en épocas convulsivas de reacción ante el poder de las élites y ante excesos del clero. Pero

los excesos generan excesos. En Yucatán, sobre todo en Mérida, sobrevino como reacción a la revolución mexicana, la guerra de los Cristeros, en donde enojados conservadores alimentados por los desquicios de la revolución, produjeron en revancha una serie de reacciones atroces en nombre de Dios y de la religión. Una asustada migración masiva hacia la actual Belice (antes Honduras Británica) fue el saldo de odios persecutorios demenciales.

En el caso ecuatoriano, la revolución liberal alfarista, fue posible por el exceso del clericalismo que dio ocasión para que el estado laico se enseñoreara en la historia con cumbres y abismos.

Desmitificar un mundo excesivamente religioso en favor de la vida laica, sin embargo, genera en báscula también excesos. El cuencano y jesuita Emilio Moscoso Cárdenas, rector del colegio “San Felipe de Riobamba”, pereció ajusticiado por huestes alfaristas, en épocas de franca disparidad y dialécticas irreconciliables. Hoy camino a la canonización por el Vaticano.

Para la época de los años 60 del siglo pasado, veníamos de cosechar en el Ecuador y en Cuenca los efectos de la revolución cubana y antes, los impactos mediatos de la revolución de Octubre, veníamos de la opacidad de las purgas de Stalin y de los sofocos -sin contradicciones- de la guerra fría. De la invasión y ocupación rusa a Checoslovaquia, de jóvenes que se prendían fuego en reacción ante lesa insolente ocupación. También, en el 68 veníamos de la masacre de la “Plaza de las tres culturas” en Tlatelolco, México, en donde los extremos fueron virulentos. Veníamos de los grafitis de los muros de París, escritos y dibujados por los estudiantes que se levantaron contra el régimen de De Gaulle, de esos muros que hablaban por sí solos: “Sospecho que Dios es un intelectual de izquierda”. “La barricada cierra la calle, pero abre el camino”, los grafitis se volvieron filosóficos en un París que casi derroca a su presidente.

Los autos muy ocasionales y de cuando en cuando surcando las calles adoquinadas de Cuenca, eran el efecto moderno del primer automóvil que Don Federico Malo había importado y que viniera a principios de siglo a lomo de indio, a lomo de esos gladiadores del páramo transitando desde la selva tropical, los “*guandos*”, que el pintor lojano Kingman les conmemorara a través de un óleo de fuerza poderosa. El primero y varios proto automóviles viniendo hacia Cuenca, cargados por los guandos a través de la ruta de Naranjal y por los chaquiñanes del Cajas. El museo municipal Remigio Crespo Toral trae en la Calle Larga, fotografías históricas de estas epopeyas andinas.

Ocurrieron también, extremos y paranoias en contra de todo lo que olía a comunismo o a corrientes y credos que no fueran la exclusiva religión católica romana y apostólica, tendencias intolerantes y fundamentalistas, linchamientos a un médico y una enfermera en las ruralidades de San Cristóbal y en Chicán a censadores, acicateados por curas párrocos trasnochados que producían intolerancias anónimas, desatando descargas asesinas colectivas: fuente ovejuna criolla. Los excesos religiosos cobraban víctimas en épocas anacrónicas.

El autor del presente libro menciona en contraste luminoso, el nacimiento de grupos de teatro, de artes plásticas, de la pasión por las letras, de conjuntos y bandas musicales que salpicaban alegría y por cierto despertaban a la molicie y sacudían la negligencia en una ciudad conventual que se abría lentamente hacia el mundo. El nacimiento de nuevas facultades en la Universidad de Cuenca, el tránsito a una ciudad a exhibirse como la mejor servida en el país. El tránsito a los primeros planes maestros de alcantarillado de la ciudad de Cuenca, la migración “de la vasenilla a la alcantarilla” al decir de la publicación con dosis de hilaridad, pero de evidente realismo y ciencia, del profesor de ingeniería, Galo Ordoñez.

Épocas en efecto en donde la influencia de la cultura hippie, el pelo largo, la barba, las patillas, generaban nuevas lógicas y mores, nuevas tónicas, estilos y conceptos diferentes. Hay estudios que han demostrado que cuando hay irreverencia y rebeldía en la sociedad, los jóvenes varones se dejan barba y pelo largo. En épocas más bien decoradas por el puritarismo de las costumbres y por la moralidad, las barbas se cortan y los pelos se achican. Bien por la memoria que nos trae el autor sobre un primer supermercado para atenderse por sí mismos por quienes transitan por sus espacios. La innovación en esta Cuenca parva por parte de la familia judía Katz, creando el primer supermercado que, aunque siendo pequeño traía una tónica diferente en beneficio de un nuevo estilo de expendio de alimentos. En efecto el supermercado El Toledo “hizo su agosto” en una ciudad mojigata. Las monjas -recuerda el autor- exhibiendo por lo menos un ligero mechón de su cabello; yo agregaría: una ligera muestra femenina en un sexo neutro asomándose sobre las cofias enchufadas a presión, que como cepos apretaban sobre sus pobres cabezas, tanto que no les permitía ni pensar, peor la cana al aire de algún mal pensamiento.

El nacimiento súbito de un ícono del deporte, el Deportivo Cuenca, fue más que un psico estimulante para las distintas capas sociales, de las más altas a las más básicas y de anhelo por la joie de vivre que el fútbol de masas ejercía. Cuenca transitó a una distancia distinta a partir de aquella forma más bien aburrida de ser y vivir en épocas anteriores.

Bien trazado en el libro el impacto de la minifalda en una Cuenca conventual y con matices de erotismo reprimido. Por esa época el dantesco incendio del colegio y de la iglesia de la comunidad religiosa de los salesianos de la orden de Don Bosco, María Auxiliadora, en la calle Vega-Muñoz. Un incendio de inusuales proporciones que no se ha repetido en la historia del siglo XX y de lo que va

del XXI por el tamaño del flagelo. Hizo fatal historia contra las ciencias y las artes, porque desapareció el Museo de las Ciencias Naturales, fundado por el sacerdote Carlos Crespi Croci, científico atolondrado y verdadero santo por la educación ofrecida a los sectores más vulnerables.

El paso por el arte y la danza de Osmara de León debe ser por cierto reivindicado; una mujer excepcional que puso en la escuela a niñas y adolescentes para sacudir la mojigatería y el prejuicio y traducirla al tenor del arte y una visión estética distinta a favor de las mujeres.

Mujeres de vanguardia fueron varias y cada vez hubo más. A partir de Hortensia Mata, Florencia Astudillo y una remota referencia de Baltazara Garaicoa de Calderón (madre del emblemático Abdón Calderón y esposa de Francisco, prócer cubano-ecuatoriano sacrificado en Ibarra). Las damas citadas ejercieron un poder integral inmenso en Cuenca. La saga, ya desde los años sesenta se desgranaba: en el mundo médico, Piedad Moscoso, Cecile Durán, Magdalena Molina. En enfermería, la religiosa hospitalaria Cecilia Cordero Iñiguez (quien se ocupaba más de la Tierra que del Cielo, según las entradas detectadas en Google), Gladys Eskola -parteaguas y de por sí paradigma epistemológico y vital. A partir de Isabel Tamariz en la educación, Flor María Salazar de Tenorio, Dora Canelos, Ana Victoria Delgado -que sus hábitos de monja levantaba enseñando cómo danzar a sus estudiantes de las Catalinas-. Herederas del coraje lírico de Dolores Veintimilla de Galindo, ya eclosionaban Catalina Sojos, Sara Vanegas, Nelly Peña, desafiando la misoginia poética. Y se graduaban poco a poco las primeras arquitectas e ingenieras civiles. Eulalia Vega en la pintura, con sus búhos insomnes y oji grandes. Mujeres anatemadas hubieron por ventaja, como Mercedes Andrade de Paul Rivet regresando de su exilio del corazón en París, a una ciudad que ella victoriosa la desafió a duelo. En la cocina tradicional, Carmela

Ordoñez, Eulalia Vintimilla y la chola cuencana, Michi Chaca, infaltable en los manteles largos.

Ahora, 2020, las mujeres *influencers* son una legión, y en todos los campos. Omito sus nombres porque son casi una multitud. Pero todas ellas deben factura a las pioneras, en tiempos no solo difíciles, sino imposibles cuando la visión patriarcal de Cuenca no permitía rebeldías.

El barco Hope, un bote médico migrante con asiento en la costa fue una verdadera escuela médica para el país, bien citado en el libro de Enrique Martínez. El nacimiento de algunas clínicas privadas, en particular la clínica Vega y la Santa Ana; el advenimiento por supuesto de una medicina cada vez más capacitada, con nuevos especialistas que se formaban en escuelas de Europa, Norteamérica y distintos países latinoamericanos. Expresiones culturales nacieron ligadas a la profesión médica; la orquesta del colegio de médicos y sus cultores; parecería en efecto que el arte y la cultura seducen más y mejor a los discípulos de Esculapio que a otras profesiones; arte que quizá no golpea las puertas del alma tanto como en las profesiones médicas.

Una renuncia masiva de un grupo de profesores a la escuela de medicina, de la facultad de ciencias médicas de la Universidad de Cuenca es un tema que sigue agitando el avispero. El humor morlaco dio en llamar a la trifulca, “guerras médicas”, para rememorar reeditando con nuevas sapiencias, referencias a la historia y en beneficio del humor; “guerras médicas”, recontando y re editando lo que ocurrió en el mundo antiguo entre griegos y medos y persas enfrentados. Las nuestras fueron las guerras médicas cuencanas. Por cierto, que todavía no se salda y suelda un tiempo suficiente para que la herida se cicatrice del todo. Se necesita todavía algunas generaciones más para espiar un acontecimiento del pasado con más medida y serenidad y apreciar con una visión a largo plazo y

objetiva los saldos en distintas direcciones. No tomo partido por la interpretación del autor, pero ejerzo tolerancia frente a distintos análisis y opiniones. Un prólogo no debe ser un panegírico. Debe anhelar ofrecer convergencias, pero también refutaciones y disonancias. El paso de una fase conflictiva de la profesión médica ligada a la academia está también conectado al advenimiento de un “mundo ancho y ajeno” que, siguiendo a *Ciro Alegría*, la vida nos reserva.

Termina el libro, concentrando sus esfuerzos en hacer un recuento de la creación, fundación y crecimiento inicial de la Clínica Santa Inés, que luego en tiempos modernos se convirtiera en Hospital Santa Inés. Hace algunos meses fui invitado por su presidente actual, el doctor Luis Mario Tamayo Jaramillo, a sustentar una conferencia en donde dí cuenta de los acontecimientos cercanos en la vida nacional y local, mientras la Clínica Santa Inés nacía.

Destaco el buen sentido del humor para mirar los acontecimientos que ocurrieron citados por el autor en torno al advenimiento y crecimiento inicial de la Clínica Santa Inés, con anécdotas que son parte también del mundo ventajoso de la alegría que se vive en la mitad de la medicina grave, adusta, a veces trágica, emergente, difícil. Hipócrates sentenciaba ya en sus aforismos: “La vida es breve; el arte, largo; la ocasión, fugaz; la experiencia, engañosa; el juicio, difícil.”. Pues en la mitad de ese difícil mundo de la vida cotidiana de los médicos, el humor siempre es bienvenido. El autor confiesa y se confiesa: el humor constituye un atarácico.

Gustavo Vega, MD, MSc, PhD

Rector de la Universidad de Cuenca 1995-2000

Presidente del Consejo Nacional de Educación Superior 2006-2010

Rector re-electo de la UIDE 2018-2024

*“Los hombres no pueden acercarse más a los dioses que
cuando le ofrecen salud a otros hombres”*

Marco Tulio Cicerón.

*Ciudad
de calles que abrevan en los ríos
de puentes que enlazan épocas
de sueños que se vuelven
caminos*

En el continuado devenir de los pueblos se intercalan períodos culminantes de vigorosa aceleración en los que se producen los grandes cambios históricos con los que la civilización marca los hitos de su progreso. La crisis, los conflictos sociales, las revoluciones culturales que en tales períodos sobrevienen no permiten la reflexión necesaria ni el juicio imparcial con el que deben interpretarse. Por eso, quien intente un relato de esos hechos debe dejar que la natural decantación se produzca, que el paso de una o dos generaciones aclare en retrospectiva el panorama para que su objetividad no se vea ya empañada por la cercanía de los sucesos ni por la influencia de sus protagonistas.

Una época vitalmente distintiva es la que se inaugura en el mundo hacia 1960 y se extiende hasta finales de los años setenta; una época convulsionada por tantos acontecimientos políticos, sociales y culturales de tan radicales repercusiones, que cambia el estilo de vida y las convicciones de buena parte de la humanidad.

Despierta entonces una juventud hastiada de prejuicios y frenos dogmáticos que intenta su independencia y el descubrimiento de sus propios caminos; surge un mundo liderado por una generación inconformista que pugna por la igualdad, por la libertad, movida por una exaltada dinámica emocional. Su influjo se deja sentir también en la pequeña parcela ciudadana que habitamos; Cuenca vive con intensidad esa época de transición y a partir de entonces su imagen tradicional, idílica y pastoril, desaparece para siempre.

Este relato intenta reseñar sucintamente lo ocurrido “puertas adentro” en nuestra ciudad y en algunas de sus instituciones con un enfoque más bien anecdótico y familiar, procurando encontrar las razones de muchos acontecimientos que nos

afectan aún hoy y cuyo protagonista principal es ese contingente humano, inquieto e inconforme, que edificó las bases de nuestro presente y las proyecciones de nuestro futuro.

La evolución de la Medicina en Cuenca durante esta época y la cristalización de un sueño que inspiró a un reducido grupo de idealistas es en realidad el objetivo primordial de esta crónica, considerando que ese sueño, transformado en semilla, adquirió las connotaciones de una obra que llegó a liderar los servicios de prestación médica en el austro del país, convirtiéndose en uno de los destacados protagonistas de aquella época.

Pero los protagonismos históricos interactúan con un escenario, con un entorno social y político que propicia, modifica o entorpece su esfera de acción; por eso se ha trazado un rápido esbozo del panorama urbano y del clima socio-político y cultural prevalecientes.

Hoy raramente nos detenemos a analizar los hechos del pasado, ni aún los de nuestra propia historia, pero está claro que somos hoy lo que ayer se determinó que fuéramos ya que dependemos del pasado de manera orgánica e indisoluble. Además todo ser está ligado a quienes le precedieron y a quienes le seguirán en una continuada cadena de interrelación.

La vida del hombre, la aventura de vivir, es un azaroso viaje hacia lo desconocido con itinerarios impredecibles. Las experiencias de esa aventura que guardamos en el recuerdo nos ayudarán muchas veces a encontrar el estímulo y la inspiración, las lecciones más persuasivas y el ecuánime juicio que guiarán nuestras actuaciones en las jornadas que vendrán.

Por eso hoy hemos querido desandar el camino en busca de ese pasado donde aún vela su sueño la semilla ya germinada.

..... *De calles que abrevan en los ríos*

I

Todavía los viejos campanarios desataban en cada amanecer un sincopado aleteo de golondrinas para despertar a la ciudad cobijada por la bruma. Las ondulantes vibraciones, amplificándose desde todos los ángulos, se fundían invariablemente en la familiar sinfonía matinal que convocaba a los fieles a “la misa de seis”.

El Tomebamba, con la romántica mansedumbre que loaban los poetas, acariciaba ahora en su tranquilo recurrir, los puentes nuevos y los reconstruidos después de que, en un irrefrenable raptó de rebeldía, había sembrado en sus orillas el caos y la destrucción una década atrás; sometido al fin, sólo la brisa que lo acompañaba se atrevía a humedecer los descascarados muros de las casas del Barranco.

Pero esta ciudad de campanarios madrugadores, de rumorosas y cristalinas corrientes, ya no era la misma que habitaron los abuelos. El plácido letargo de sus callejuelas estrechas, de sus plazuelas entibiadas por el sol que incitaban al moroso deambular, a las largas tertulias bajo los portales, al despreocupado dormir al pie de los árboles del parque central, se había ido trocando en la nerviosa inquietud de quien ha decidido emprender una aventura inédita y prometedora, en este caso la de su incorporación a la modernidad, aventura interesante y sugestiva, más que por su finalidad primordial, por sus derivaciones secundarias y novedosas.

Alerta y receptiva al llamado de un mundo cambiante, de la tecnología y de la ciencia, la Cuenca de los años sesenta se liberaba al fin de los herrumbrosos grilletes que la inmovilizaron por siglos y que la mantuvieron al margen de las ágiles corrientes

del progreso. Un juvenil dinamismo, una apremiante sensación de inconformismo la impulsaban a la búsqueda de nuevos caminos.

Muchas de las antiguas mansiones que cobijaban a los caminantes con sus anchos aleros, que se recataban tras las macizas puertas talladas, que se engalanaban con artística cerrajería, se desplomaban entre el polvo de vetustos adobes y el estrépito de las robustas vigas de madera cerril para dejar espacio a los rígidos bloques de concreto contruidos con el utilitarismo que había invadido la mentalidad ciudadana desde la década pasada bajo el influjo de la tendencia racionalista y que dio origen a esas insípidas construcciones que se englobaron con el merecido calificativo de la “Arquitectura de los ingenieros”.

Por eso la faz de la ciudad se poblaba de patéticas cicatrices y seguía siendo maquillada con los monótonos parches grises de las fachadas modernistas que no recataban los atributos autóctonos que distinguieran la arquitectura tradicional.

Lo curioso es que incluso muchos edificios públicos se convirtieron en escombros o sufrieron alteraciones irreversibles en su estructura y en su concepción estética. Sin duda, esa tendencia racionalista y la manía por lo que se consideraba moderno y de buen gusto propiciaron los mayores cambios en la imagen urbana de Cuenca ya desde los años cincuenta, cuando se pretendiera exhibir un remozado panorama urbanístico para la celebración del cuarto centenario de fundación.

Así se permitió, en medio de la indiferencia o del aplauso general, que desaparecieran muchos de los testimonios arquitectónicos que intentaban conservar los rastros de la herencia hispano-americana y de las influencias afrancesadas de comienzos de siglo.

Elocuentes ejemplos de lo dicho, lo ocurrido con el Palacio Municipal, con las elegantes verjas del Parque Central y el edificio de la Gobernación, con la señorial mansión que ocupó en sus inicios la Casa de la Cultura y que terminó demoliéndose para erigir el incongruente cubo de cemento en el que aún funcionan las dependencias de Correos. El mismo arquitecto que diseñó el discordante y disfuncional “Palacio Municipal” se encargó de erigir esas dos grisáceas estructuras de cemento conectadas en lo alto por un insólito “paso a desnivel” pretendiendo cumplir con el mandato de los personeros de la Casa de la Cultura de entonces.

Los jóvenes ya no conocieron y de los mayores pocos recordarán ese pequeño Convento colonial de las Carmelitas Descalzas con su hermosa capilla neo-barroca, que se levantaba en la Calle Larga entre la Padre Aguirre y la General Torres, que desapareció de la noche a la mañana para construir los mediocres edificios comerciales que hoy vulgarizan la imagen de esta vía tradicional.

Algunos barrios periféricos trataron de conservar, sin embargo, ciertos rasgos tradicionales, probablemente por razones económicas y porque estaban ligados a las típicas labores artesanales que en ellos se practicaba. Con uno que otro mamotreto moderno, se preservó por ejemplo la imagen de los barrios del Vado y de Todos Santos con sus panaderías y hornos de leña, el de las Ollerías, hacia la Convención del Cuarenta y Cinco, el de las Herrerías con sus casas bajas de pequeños portales y sus fraguas de carbón, el de la plazoleta de San Francisco y sus abigarrados comercios populares y muy pocos espacios más que lograron escapar de la fiebre modernizadora de aquellos años.

Sólo tres o cuatro décadas después los ciudadanos comprendieron que Cuenca no fue incluida entre las urbes patrimoniales por sus postizas fachadas y sus cúbicos balcones encementados, ni por los macizos bloques multifamiliares de ladrillo visto, ni por los grotescos monumentos que, en lugar de exaltar, ridiculizan la imagen de los personajes que intentan representar, sino precisamente por los remanentes de esa sencilla arquitectura tradicional y por ese despliegue de ingenio y habilidad con que se injertaron en su época las tendencias neogóticas y neoclásicas de influencia francesa en los edificios construidos hasta la tercera o cuarta décadas del siglo XX. El bello entorno paisajístico, los templos y conventos que se salvaron de la depredación, el singular escenario del Barranco, el clásico trazado urbano hispano-cañari que conservó el centro histórico, fueron también argumentos convincentes en la honrosa distinción que Cuenca mereció.

II

Los atentados al ornato y el desmantelamiento del patrimonio cultural e histórico no se limitaron al ámbito civil; los templos, las capillas y oratorios de colegios, monasterios y conventos perdieron también una buena parte de sus bienes tradicionales, artísticos y ceremoniales. Algunas de las normas dictadas por el Concilio Vaticano II convocado en 1962, fueron interpretadas por un cierto sector de la Iglesia como un claro viraje a la izquierda, a tono con las doctrinas revolucionarias, tan en boga durante esa época y una de sus tardías consecuencias, quizás la más desatinada fue la mal entendida y peor practicada liberalización, con un afán compulsivo de despojar a los templos, capillas y conventos de las imágenes y ornamentos que formaron parte de su legado histórico y simbólico y de sus instrumentos ceremoniales.

Con esta especie de “furor iconoclasta” que se desató entre los religiosos, obras de arte de madera tallada, doradas o policromadas, esculturas y pinturas antiguas, lámparas, púlpitos, comulgatorios, retablos enteros, fueron desmontados y donados graciosamente o cedidos a precios irrisorios a negociantes y ciudadanos oportunistas que pusieron de moda el gusto de utilizarlos como originales complementos decorativos en sus salas para exhibirlos vanidosamente y provocar la envidia de los amigos que no tuvieron la ocasión de conseguirlos.

Alguien adquirió por ejemplo “la capilla cerrada”, esto es, con todo su contenido en imágenes, ornamentos, mobiliario, etc., del antiguo edificio conventual de los Sagrados Corazones antes de su demolición para construir el “moderno y funcional” colegio actual. Se sabía, así mismo, de ciertos trueques

concertados por algunos párrocos ingenuos, recibiendo reflectores modernos y tubos fluorescentes a cambio de las antiguas lámparas de cristal o bronce que adornaban sus templos.

En cualquier tiendecilla de anticuario era posible encontrar por entonces candelabros, incensarios, capiteles dorados, lámparas y una gran variedad de pequeñas esculturas de madera o de yeso de vírgenes, santos, ángeles y arcángeles y no era raro que luego de una ventajosa transacción, el vendedor se congraciara con su cliente, obsequiándole como “yapa” un San Vicente Ferrer, un San Antonio o un ángel de factura antigua.

Se llegó al extremo, en algunas parroquias rurales, de acumular una gran pila en la plaza del pueblo con las columnas, ornamentos tallados e imágenes arrancadas del templo para dejar que se consumieran en una dantesca fogata.

Fuesen cual fuesen sus motivos, estos enardecidos iconoclastas causaron un grave daño al patrimonio religioso y cultural de la región y sembraron con su actitud la duda y el desconcierto en el alma de mucha gente sencilla.

La mayoría de los ciudadanos presenciaron estos atropellos, aceptándolos con una cierta reticencia, pensando quizás que esto era parte del proceso de modernización que hasta en sus propios domicilios obligaba a la renovación del mobiliario y de los objetos decorativos. Así, las gráciles sillas y canapés vieneses y las vetustas consolas, armarios y aparadores, fueron a parar, avergonzados, entre los retratos de los primitivos dueños y el desordenado apiñamiento de tanto cachivache inútil que se va acumulando a lo largo de los años para cubrirse con el polvo del tiempo y el olvido.

Se entronizaron pues en la decoración hogareña los floreros de murano, los plafones de plástico, los “cromos” y las baratas reproducciones de pinturas célebres y, por supuesto, el

novísimo televisor en blanco y negro, presidiendo el sitio de honor de la residencia.

Todo esto ocurría ante las disimuladas sonrisas de quienes, con acertado criterio, supieron precautelar y valorar su acervo patrimonial y su estilo de vida sin dejarse seducir por esas inconsistentes veleidades de la moda, efímeras por lo demás, ya que poco tiempo después los objetos que fueron menospreciados eran rescatados y exhibidos otra vez con petulancia como significativos testimonios de distinción y buen gusto.

III

Pero en medio de tantos avatares y de tan elocuentes muestras de ingenuo provincialismo, Cuenca no detuvo su crecimiento. El sobrecargado espacio habitable delimitado por la cuadrícula del Centro Histórico terminó siendo rebasado por la presión demográfica y por las frescas concepciones urbanísticas que comenzaban a ponerse en práctica. Así, la ciudad va desbordándose más allá de los márgenes del barranco, trepa hacia las colinas de Turi, de Cullca y el Cebollar e invade todas las planicies y los prados circundantes.

Las ciudadelas satélites se multiplican por doquier; aquí y allá se lotizan las antiguas quintas vacacionales, las parcelas semirurales destinadas a los cultivos y a la explotación de los bosquecillos madereros, los anchos prados donde pacía el ganado lechero, en fin, todo espacio disponible en esta “llanura grande como el cielo”.

Las redes del alcantarillado, los grandes colectores se extienden por el subsuelo en todas direcciones; se adoquinan unas calles, se readoquinan otras; los tractores y motoniveladoras rebanan pequeñas colinas y echan por tierra bosques enteros, barren sementeras y pastizales y rellenan depresiones y quebradas para abrir amplias avenidas, espacios para parques y áreas comunitarias. La gran Avenida de Circunvalación, la España, la Ordóñez Lazo se convierten en atractivos paseos para los automovilistas de fin de semana y se bordean rápidamente de edificaciones comerciales y residenciales.

La década de los sesenta inaugura en la ciudad un proceso urbanístico singular que dejará su impronta característica en las tendencias arquitectónicas de las décadas siguientes. En efecto,

la flamante Facultad de Arquitectura comienza a preparar una promoción de jóvenes conscientes de los valores del legado cultural del pasado y enmarcados en los parámetros de la sobriedad y del apropiado criterio estético.

Son ellos los principales artífices de las nuevas ciudadelas periféricas que ensanchan la silueta de la urbe, levantando hermosas residencias que rescatan los rasgos esenciales de la arquitectura tradicional, combinando sabiamente los materiales autóctonos con los modernos y consiguiendo finalmente el equilibrio ideal de las construcciones armónicamente integradas con su entorno paisajístico.

Las propuestas y las obras originales de la Escuela Arquitectónica de Cuenca sientan un precedente único en el desarrollo urbanístico del país, hasta el punto en que se toman como fuente de inspiración para la obra de arquitectos y urbanistas foráneos.

En definitiva, estos jóvenes consiguieron rescatar y revalorizar el sello de identidad de la ciudad, no con el pueblerino chauvinismo de quien se opone porque sí a las corrientes del progreso y de las influencias globalizadas, sino como una reivindicación de los valores propios entendidos como generadores de tradición, de idiosincracia, de diferencia.

Las nuevas generaciones de ejecutivos e industriales, profesionales, técnicos y comerciantes que irrumpen animosas en los años sesenta y setenta, se adhieren con entusiasmo a este movimiento de renovación estética y establecen sus viviendas en las modernas urbanizaciones mientras los incipientes complejos industriales, mercantiles y docentes desarticulan los núcleos económicos y sociales de la urbe que tiene que esforzarse arduamente para dotar a los nuevos complejos de las obras básicas de infraestructura con el mismo ritmo febril con que se iban levantando.

IV

De este modo, las distancias se alargan, los espacios se dilatan; cada vez quedan más lejanos el sitio de trabajo, la oficina, el taller, el colegio, el mercado, la iglesia, el familiar que siguió cobijado en la antigua casa del centro. Las líneas de buses urbanos y las compañías de taxis –todavía llamados “carros de plaza”- comienzan a proliferar. Los ciudadanos se ven obligados, cada vez con mayor frecuencia, a utilizar los toscos vehículos de transporte masivo para cumplir con sus horarios de trabajo y para sus desplazamientos cotidianos.

La idea de adquirir un vehículo para la familia se va reforzando y justificando cada vez más. A menudo se escucha afirmar que el carro ya no es un lujo sino una necesidad por lo que los concesionarios se apresuran a ofertar los clásicos vehículos norteamericanos mientras, con una cierta timidez inicial, otros comienzan a presentar los pequeños y más económicos de fabricación europea o japonesa. Paralelamente surgen los negocios de compra-venta de vehículos usados con lo que se amplían las posibilidades de adquirir el tan necesario y tan cariñosamente llamado “carrito familiar”.

Y claro, ocurre lo de siempre cuando los artefactos mecánicos de avanzada tecnología se introducen de pronto en el hogar: tras el revuelo inicial que ocasionan, son dominados rápidamente por los más jóvenes y audaces miembros de la familia, en tanto los mayores, incluido el que desembolsó el dinero para su adquisición, requieren de un largo y laborioso proceso para vencer los temores, despertar los reflejos y coordinar los movimientos de ojos, brazos y piernas necesarios para el dominio completo del intimidante monstruo.

Pese a todos sus esfuerzos, algunos caballeros de mediana edad, no consiguen adquirir la destreza necesaria y renuncian definitivamente a obtener el “brevet” que se exigía por entonces y la licencia correspondiente al “conductor sportman”, resignándose a seguir como los sufridos pasajeros dependientes de la voluntad de los expertos de la familia.

Paulatinamente el número de vehículos que circulan por las estrechas calles –lo que ahora se denomina “el parque automotor”- va incrementándose. En muchas vías se permite la circulación en doble sentido y, a falta de semáforos o de policías de tránsito, se recurre a un código de señales visuales y acústicas para indicar en los cruces la dirección que tomará el vehículo. Así, el conductor que estira su brazo fuera de la ventanilla indica que girará hacia la izquierda o hacia la derecha si dirige su antebrazo hacia arriba. Con este mismo objeto puede hacer uso de su bocina: un toque de bocina indica que seguirá al frente, dos toques que girará a la derecha y tres toques que lo hará hacia la izquierda. Como no todos los vehículos circundantes cuentan con luces direccionales, estas técnicas audio-visuales de orientación deben aplicarse obligatoriamente en las calles del centro que aún permiten el ocasional paso de acémilas campesinas o de las características carretillas de madera de los cargadores. Los términos: ecología, contaminación ambiental, smog, congestionamiento vehicular, horas pico, no constan todavía en el vocabulario de los cuencanos en la sexta década del siglo XX.

En el aspecto vial la zona austral del país y Cuenca en particular se mantienen en un ominoso aislamiento. La tan mentada “carretera panamericana” que atraviesa la provincia no cuenta sino con unos quince kilómetros asfaltados entre Cuenca y El Descanso, estrecha y peligrosa vía que es la única conexión con Guayaquil, el Oriente y el Norte del país. Hacia el Sur el panorama es aún más desalentador. Los esfuerzos y el empeño

de ciudadanos y autoridades se estrellan ante el desidioso olvido y la evidente discriminación centralista de los gobiernos de turno.

Larga y azarosa es todavía la aventura de un viaje a la costa o a la capital y a las ciudades del sur por angostas vías de tercer orden y las rutas aéreas en los trajinados aviones de turbo-hélice o en los viejos DC-3, no ofrecen las debidas garantías de seguridad. El servicio ferroviario inaugurado con bombos y platillos en 1965 por la Junta Militar no es sino un pintoresco y obsoleto complemento para el turismo local que en pocos años más silenciará sus estridentes mugidos de media noche para alivio de los vecinos del barrio de Gapal.

V

En aquella época se producen impactantes sucesos que generan emocionadas pláticas y comentarios en las calles y plazas como el voraz incendio que reduce a cenizas el establecimiento educativo de los Padres Salesianos o el bárbaro asesinato del joven médico de la Misión Andina, Jorge Merchán, perpetrado en una parroquia cercana a la ciudad. Desde luego, no puede dejar de opinarse sobre los vaivenes de la política ni de analizar los motivos de la caída de Velasco Ibarra – la tercera en sus cinco incursiones a Carondelet- o de los episodios borrascosos protagonizados por quien le sucediera en el poder.

Entre los “nueva-oleros” los temas recurrentes para la chacota y el parloteo son las recientes propuestas de la moda juvenil, los detalles, hasta los más insignificantes, de las andanzas de “los Beatles”, de los “Rolling Stones” y otros ídolos americanos o europeos y de los rockeros y baladistas latinos, mientras se dejan seducir por su música e imitan en lo posible sus modales y su desenfadada filosofía de vida.

Ese aire de rebeldía, de liberalización que sacude al mundo agita también los cabellos estilo “choza” y las melenas desgredadas de nuestros muchachos que se contorsionan al ritmo del “twist” y de las versiones latinas del rock y de los sonos popularizados por los cantantes mexicanos, brasileños y sureños que formaron parte de la desbordante eclosión juvenil de la época.

Las expresiones musicales y artísticas dejan de ser patrimonio exclusivo de los apergaminados compositores, intérpretes y plásticos tradicionales y son asumidas con fresco entusiasmo por varios grupos juveniles que imponen un firme e insólito protagonismo. Surgen así conjuntos musicales de mérito como

“Los Cuervos” y el dúo “Strobel-Maldonado” o solistas como Aulio Gelio que se atreven a romper los moldes consagrados por la tradición.

En la plástica se insinúan ya las figuras de los Pulla, Tarqui, Chalco, España, Burbano, Montesinos, etc., y se asiste a un inusitado florecimiento de la actividad teatral al conformarse el grupo “ATEC” que obtiene espectaculares éxitos a teatro lleno, poniendo en escena obras de un regocijante humorismo o de denuncia social, bajo la dirección de Paco Estrella, Estuardo Cisneros y Guillermo Ramírez. Por su parte, Osmara de León consigue vencer los arraigados prejuicios y las puritanas reticencias de la sociedad con las presentaciones públicas de su Academia de Danza.

En Cuenca comienza a valorarse el arte plástico con renovados y más consistentes criterios estéticos. La afición por la pintura convoca a un número creciente de admiradores y coleccionistas a las exposiciones de los plásticos nacionales más reconocidos.

En la Facultad de Filosofía se prepara concienzudamente una “hornada” de ensayistas, críticos y relatistas que más tarde adquirirán merecido renombre a nivel nacional. Juan Valdano, Alfonso Carrasco, María Rosa Crespo, Marco Tello, Eliécer Cárdenas, María Eugenia Moscoso, Jorge Dávila, etc., encabezaban la caravana de la nueva generación de creadores en el quehacer literario. La sólida prestancia intelectual y académica de sus maestros se manifiesta vigorosa y renovada en la obra de estos jóvenes valores de las letras azuayas y ecuatorianas.

Por estos años se crean también nuevas facultades universitarias orientadas hacia las actualizadas corrientes de la tecnología y de las Ciencias Económicas y Empresariales para suplir las demandas de una sociedad que se transforma muy de prisa, volviéndose más competitiva y exigente.

VI

El impulso generado por la instalación de la Fábrica de Llantas en Cuenca, reactiva el movimiento económico de la región, motiva la apertura de nuevas sucursales bancarias y comerciales, la construcción de modernos centros hoteleros y el nacimiento de empresas industriales y artesanales, posibilitando la creación de un buen número de plazas de trabajo y el mejoramiento del nivel de vida de la población.

Sin embargo, todavía hay que acudir a las pequeñas tiendas y abacerías de barrio para proveerse de los víveres y se desconocen aún los grandes almacenes de mercadería variada y los bien surtidos estantes de los supermercados; tan sólo el “Toledo”, de propiedad de la simpática familia judía Katz, pretende asemejarse a un modesto “mini market”. Todavía hay que concurrir periódicamente al mercado Diez de Agosto o al Nueve de Octubre para proveerse de carne, patatas, frutas y hortalizas y es un espectáculo común la circulación de las “cantarillas” que reparten, casa por casa, el balde diario de leche fresca.

El discreto atuendo de las chicas de los años sesenta, sufre una estridente transformación cuando en el mundo entero se adopta la minifalda como uno de los desafiantes símbolos de la liberación femenina. Se produce entonces una verdadera epidemia de dolorosas tortícolis y cuellos envarados entre la población masculina de Cuenca hasta que gradualmente los ojos se van acostumbrando al atractivo panorama que se presenta a diario en calles y plazas.

Poco después, bajo la influencia de la cultura hippie se desata un caótico revuelo en el mundo de la moda en el que todo lo extravagante, lo estridente y exótico se permite en la vestimenta, el peinado y el maquillaje.

Pero los efectos de la “Beatlemania” y de la cultura hippie se hacen sentir también hasta en los más circunspectos ciudadanos. Respetables caballeros de la localidad se dejan crecer largas y pobladas patillas y se atreven a lucir anchas corbatas de vivos colores. Ciertos intelectuales y artistas aceptan, gustosos por supuesto, los dictados de la época y entre ellos se produce un florecimiento generoso de barbas, patillas y melenas y una afición desmedida por embarcarse en los alucinantes “viajes” que ofrecen las perturbadoras sustancias promocionadas por los hippies. Los jóvenes y “los ya no tan”, se someten con entusiasmo al nuevo estilo de los cabellos largos mientras los peluqueros van enflaqueciendo a ojos vistas.

Los ceñidos trajes masculinos de solapas estrechas y de pantalones “tubo” son reemplazados por sacos de solapas de un palmo de ancho que hacen juego con pantalones de amplísimas bastas y zapatos de tacón elevado.

Hasta los clérigos, descartando las negras sotanas tradicionales, comienzan a lucir discretos trajes oscuros demostrando una cierta incomodidad inicial. Las monjitas modernizan también su atuendo y, por primera vez, descubren unos mechones de sus cabellos y la porción más delgada de sus miembros inferiores.

En fin, la crisis ideológica no afecta solo lo superficial sino que se profundiza en tal forma que provoca la desaparición de comunidades religiosas enteras y es causa de masivas deserciones en el clero regular y secular al tiempo que las teologías de avanzada siembran el desconcierto entre religiosos y laicos. La liberalización total es un hecho consumado.

A partir de 1971 el fenómeno socio-cultural que sacude la ciudad a raíz de las exitosas actuaciones del “Deportivo Cuenca” provoca también una pequeña revolución que trastorna por algunos años el ambiente de la población. Muchos episodios anecdóticos matizan este período en el que la fiebre futbolística se propaga a todos los estratos sociales y crea fanáticos de todas las edades.

Espectáculos sorprendentes se observaban en cada encuentro dominical como las colas de madrugadores que pugnaban por asegurar una localidad o el de prestantes caballeros acudiendo en traje formal y con la misma solemnidad con la que concurrían a la Sesión de Cabildo Ampliado, a presenciar ese entrevero de jugadores que se disputaban un balón, sin entender ni un ápice de lo que ocurría en la cancha, o mejor aún, el de las distinguidas damas de mediana edad que llevadas por sus familiares jóvenes, se aburrían mortalmente observando ese ir y venir de la pelota, que para ellas no tenía ningún sentido, sonrojándose indignadas cada vez que escuchaban las palabrotas coreadas por las irreverentes jorgas de jovenzuelos que, a propósito, escandalizaban sus delicados oídos. Alguien sonreía socarronamente mirando al doctor Leoncio Cordero y a otros destacados ciudadanos saliendo del estadio con la radio pegada al oído para no perderse las doctas opiniones de los comentaristas deportivos en torno al encuentro finalizado minutos antes.

VII

La juventud de América Latina vibra con los vientos de libertad, justicia social y anticolonialismo que se desatan tras el triunfo de la Revolución Cubana, los postulados del Concilio Vaticano, la quijotesca aventura del Ché Guevara en Bolivia y la vigorosa rebelión juvenil que hace tambalear las viejas universidades europeas.

A Cuenca llegan también estos aires renovadores, pero los movimientos izquierdistas que han ido gestándose solapadamente al abrigo de las aulas universitarias y en ciertas organizaciones obreras y campesinas, son paralizados temporalmente cuando Velasco emprende una campaña anticomunista y clausura las universidades en 1970. Tras la caída de su gobierno y bajo el imperio de la ley militar, sobrevendrá para esta larvada izquierda otro largo período de paciente espera para resurgir con fuerza y hacer prevalecer su hegemonía hacia mediados de la década de los setenta.

La polarización unilateral y absolutista de las universidades es desde entonces el denominador común. Muchos catedráticos se convierten en eficientes instructores de la dialéctica marxista, de la filosofía maoísta y de las tácticas utilizadas para alcanzar el “gobierno del proletariado”. Así, desde los primeros años académicos los alumnos son adoctrinados sistemáticamente en esta línea ideológica y las ciencias, la economía, la sociología y la filosofía se someten a parámetros impuestos por la política dominante, ante la pasiva indiferencia de la mayoría de profesores o la disfrazada complicidad de otros.

Los lamentables acontecimientos ocurridos en Chile exacerbaban los ánimos y estimulan los afanes sectarios de estos ideólogos que se entregan obsesivamente a la tarea de preparar agrupaciones y líderes populares, dialécticamente capacitados para la difusión y puesta en práctica de sus principios doctrinarios.

En la Facultad de Medicina se vive con singular intensidad esta revolución ideológica pues algunos de sus profesores son acuciosos activistas del movimiento, se hallan debidamente organizados y aprovechan la apatía de la mayoría de los docentes. Así, en 1977 se produce una insalvable crisis que desemboca en la renuncia del más del setenta por ciento de los profesores en espera de una reorganización integral la que no llega a ocurrir por la interferencia de unos pocos “indecisos” que terminan alineándose con el grupo de izquierda y, sobre todo, gracias al respaldo incondicional que la máxima autoridad universitaria otorga a la posición extremista.

Aceptada pues sin dilaciones la masiva renuncia del Cuerpo Docente, Rector y profesores confabulados se apresuran a cubrir las apariencias y a dar la impresión de que “aquí no ocurrió nada”, llenando de prisa las cátedras vacantes con el improvisado personal que tienen más a la mano y, desde luego, privilegiando a los que por convicción o conveniencia se adhieren a su política.

En los años subsiguientes, los profesionales y estudiantes que rehusaron someterse a la dictadura alienante de un partido retrógrado y exclusivista, soportaron con estoica dignidad las permanentes agresiones y el constante acoso que se propiciaba obsesivamente desde la fanatizada dirigencia de la Facultad.

Una perspectiva histórica imparcial sabrá evaluar en su justa medida las derivaciones positivas o negativas de estos acontecimientos en el contexto del desarrollo científico de

nuestra Medicina, y sobre todo, en la evolución de sus valores éticos y sociales que proyectados en la práctica diaria hacia ese pueblo que, teóricamente, ese movimiento proclamaba defender.

...De puentes que enlazan épocas

VIII

Las épocas históricas de transformación exigen mentalidades frescas y espíritus renovadores. Los cambios más notables se han dado gracias al concurso de un grupo humano que de pronto coincide con ideales, expectativas y metas comunes. La energía desplegada por cada uno de los integrantes de ese grupo se potencializa en tal forma al aglutinarse en un conjunto coherente que adquiere un poder capaz de cometer las más significativas empresas.

Al iniciarse la década de los setenta, en el ámbito de la Medicina cuencana se produce un fenómeno de tales características. La vieja Facultad ha renovado sus cátedras, ha ampliado y actualizado su pensum de estudios, la Escuela de odontología se ha constituido en Facultad y se han creado las escuelas de Tecnología Médica y de Auxiliares de Enfermería.

Los novedosos conceptos clínicos y quirúrgicos han llegado de la mano de los primeros especialistas que traen los postulados de una joven Medicina, técnicamente solvente y dotada de una visión humanística más vasta y pragmática y de un ambicioso afán de perfeccionamiento.

Singular coincidencia de ideales ha inspirado a un nutrido contingente de graduados de emprender el viaje a lejanos destinos en busca de los depurados instrumentos de la especialidad y de sus secretos técnicos. Herederos de una tradición académica que privilegiaba el rigor científico y humanístico en la práctica del estudio, en la exactitud formal de la metodología, en el intransigente respeto a los valores éticos, estos jóvenes entendieron el mensaje de la nueva era y se hicieron cargo de las responsabilidades que involucraba.

Aquellos adelantados, al asumir el desafío, se dispersaron en remotos horizontes, con la avidez de los nuevos conocimientos y del apropiado adiestramiento que garanticen una solvente práctica profesional.

Con su llegada cambia de inmediato el panorama médico de la ciudad; por de pronto, la tradicional figura del Médico General, tan familiar, tan reconocida por la sociedad, se va diluyendo paulatinamente en el escenario cotidiano pero no desaparece, adquiere más bien la imagen del consejero obligado, del maestro que acude a las consultas domiciliarias y que hace oír su autorizada voz en las Juntas Médicas y hasta del que absuelve los naturales recelos de la gente ante las intervenciones de los recién llegados.

La Facultad acoge con entusiasmo a los jóvenes especialistas, los incorpora al Cuerpo Docente consolidando su renovación. Los debates científicos dejan de ser meramente teóricos y especulativos, exigiendo la correlación del criterio clínico con los hallazgos de la patología y de las pruebas de laboratorio. Las severas normas de evaluación que se imponen, permiten la depuración de conceptos, la revisión de principios etiopatogénicos y terapéuticos y las iniciativas para emprender los primeros trabajos de investigación sobre las entidades patológicas regionales. Los nuevos enfoques clínicos y quirúrgicos modifican la realidad del panorama nosológico del Hospital que es el referente más aproximado de la patología de su zona geográfica de influencia.

Por primera vez se comprueban los efectos de las innovaciones terapéuticas y se practican intervenciones quirúrgicas desconocidas en el medio. Por su parte la sociedad constata los beneficios de las nuevas experiencias y aprende a reconocer la importancia del papel del especialista en el cuidado de su salud.

IX

La nueva concepción de la Medicina en Cuenca, cambia también la visión de aquel celoso individualismo que caracterizaba a los galenos de antaño. Por eso, las modernas clínicas privadas como la Santa Clara –después Latinoamericana-, la Vega y, sobre todo la Santa Ana, que se establece en 1963 en su edificio construido exprofesamente para el objeto, tiene el mérito de haber inaugurado esa era de apertura que permitió el ejercicio de la práctica profesional especializada en la ciudad.

El Hospital del Seguro Social acoge también a algunos especialistas y supera su capacidad de atención con la edificación de su nuevo local. Entre tanto, el crecimiento de la población y las proyecciones sociales de la Medicina empeñada en ampliar su cobertura más allá de sus hospitales y dispensarios inquietaban el ánimo de los directivos de la salud que consideraban cada vez más imperiosa la necesidad de contar con un hospital moderno, dotado de la organización técnica y del contingente profesional que la época requería. Largos años se consumieron en los estudios de factibilidad y en el ir y venir de los trámites burocráticos y técnicos requeridos hasta que esta soñada obra se concretó recién a comienzos de los años setenta.

La coincidencia de varias circunstancias contribuye a vigorizar ese proceso de consolidación en que se halla empeñada la Medicina cuencana. Una misión humanitaria norteamericana, el “Proyecto HOPE” que presta asistencia médica en países en desarrollo, decide acoderar su barco – hospital en el Puerto de Guayaquil y establecer su sede logística y administrativa en la ciudad de Cuenca en 1964. Con el apoyo de las autoridades

políticas y universitarias y con la generosa colaboración de ciudadanas y ciudadanos altruistas, un capacitado equipo de profesionales voluntarios comienza su misión humanitaria en las salas del Hospital San Vicente de Paúl y en el barco – hospital, prodigando su acción, no solamente en la atención sanitaria de la población, sino en el entrenamiento del personal médico y paramédico de la Institución y de la Facultad.

Depuradas técnicas de exploración diagnóstica, abordajes terapéuticos novedosos, complejos procedimientos quirúrgicos, hacen sentir de inmediato sus positivos efectos en el entorno medico asistencial en el hospital flotante anclado en el Puerto. La rutina hospitalaria y el enfoque de la práctica profesional, dan a partir de entonces, el giro determinante hacia una etapa de renovación integral.

Fieles a los principios éticos de su fundación, los destacados especialistas del proyecto se renuevan periódicamente, se obligan a trabajar largas jornadas agotadoras, sin pausas y sin horarios, pues las demandas de atención de los pacientes venidos de todo el país se incrementaban sensiblemente a medida que transcurría el tiempo.

No debe olvidarse además el aporte material, las donaciones de equipos e insumos médicos brindados con prodigalidad por la Misión que suplieron con mucho tiempo las crónicas deficiencias de nuestros recursos hospitalarios.

Las dotes de la personalidad carismática y extrovertida del Director del Proyecto en el Ecuador, el Dr. James Madison, le permitieron orientar la gestión del equipo a su cargo con la mayor discreción y eficiencia, con el juicio siempre ecuánime y con la sencillez necesaria para adaptarse a los usos y costumbres de nuestro medio.

Preciso es reconocer que este grupo de hombres y mujeres dotados de un carisma humanístico muy especial, nos dejaron

una inolvidable lección de ética y de solidaridad y que sin duda contribuyeron decisivamente al progreso y a la transformación radical de la Medicina comarcana y nacional.

X

Los profesionales médicos de los años sesenta, agremiados en la “Federación Médica del Azuay” posiblemente no pasaban de setenta u ochenta y siendo tan pocos, las relaciones de amistad entre ellos se mantenían muy estrechas y cordiales. En esa época la Federación –aún no conocida como Colegio Médico- es guiada por dinámicos dirigentes como Guillermo Aguilar, Enrique Sánchez, Leoncio Cordero, Enrique León y otros, que supieron encauzar diligentemente los intereses gremiales y científicos de la clase médica.

Gracias precisamente al tesón, a las perseverantes gestiones de Guillermo Aguilar, la Federación pudo contar con su propia Sede Social y Administrativa localizada en la Avenida Huaynacápac frente al sitio en el que se levantaría el Hospital del Seguro Social. Este local se convertiría en el acogedor recinto donde se daban cita los colegas para compartir unos minutos de solaz y esparcimiento y para participar en las Asambleas clasistas o en las reuniones científicas que periódicamente patrocinaba la Entidad. La clase médica vivía en verdad una época de serena y sencilla cordialidad, con criterios compatibles y aspiraciones compartidas.

Por esos años, haciendo honor a aquel viejo adagio de que “de músico, poeta y loco todos tenemos un poco”, dos destacados cultores de la música, Enrique Sánchez y Timoleón Carrera, consiguieron prender la locura de su afición entre varios colegas, dotados también por la naturaleza con el singular don del buen oído. Venciendo la timidez de unos, el nerviosismo de otros, el “miedo escénico” de casi todos, estos dos dinámicos galenos lograron organizar una bien coordinada orquesta que

llegó a cosechar sonados triunfos en sus presentaciones en Cuenca y en varias ciudades del país.

Muchos de sus integrantes ya no están entre nosotros pero este inolvidable grupo demostró que la sensibilidad innata del médico es capaz también de expresarse en las más nobles manifestaciones del arte. Testimonios del pasado como éste siempre conservarán su vigencia en el corazón, serán otra prueba de que el cultivo de los dones del espíritu es tan importante para el médico como el de su ciencia.

Pero el adagio ya citado casaba como anillo al dedo con las composiciones versificadas que los poetas satíricos del gremio médico presentaban a sus colegas en las celebraciones de la última noche de cada año antes de la incineración del tradicional muñeco. En efecto, un temible trío de galenos reconocidos por sus dotes literarias y por su urticante sentido del humor, se encargaba de elaborar un “testamento” en el que, como suele decirse, no quedaba títere con cabeza, pues nadie se libraba de su correspondiente dosis de punzantes alusiones. Jaime Vintimilla, Hernando Cordero y Alejandro Serrano eran los confabulados que se daban gusto descabezando figuras a diestra y siniestra durante esas noches memorables.

Pero las celebraciones del Año Viejo no se limitaban a la lectura de las humorísticas coplas. El festejo se organizaba cuidadosamente con la debida anticipación, pues se brindaba una formal cena bailable animada por selecta orquesta y matizada además por las pintorescas notas de ingenio e inventiva que aportaban los disfraces de los colegas que competían por los premios asignados a los enmascarados más originales.

Con el paso del tiempo, el incremento del número de médicos afiliados, las exigencias de una sociedad que se masificaba, las nuevas tendencias políticas, fueron desvirtuando ese sentido de

unidad cordial que tan cálidamente confortaba a la clase médica regional.

El Sexto Congreso Médico Nacional realizado en Cuenca en 1965 fue la oportunidad de demostrar ante los visitantes nacionales y extranjeros la solvencia científica de la nueva Medicina Azuaya y su capacidad organizativa que permitió superar con creces la falta, evidente en ese entonces, de una apropiada infraestructura física y hotelera. Este evento inauguró una etapa de constantes intercambios científicos nacionales e internacionales en los que se dieron a conocer los resultados de las investigaciones originales de nuestros especialistas en el campo de la patología regional.

A todo ello se sumaba la prolífica labor asistencial prodigada en beneficio de la población por la Sociedad de Lucha contra el Cáncer, SOLCA, y por la Liga Ecuatoriana Antituberculosa, recientemente establecidas.

Una Medicina pues, que se viste de largo, con personalidad definida, que hace sentir su presencia en el entorno científico del país, comprometida ya seriamente con las más actualizadas tendencias; una Medicina que conserva esa gran dosis de humanismo legada por los maestros del ayer; el terreno propicio para la germinación de nuevas semillas, para el nacimiento de sueños ambiciosos, en fin, para el descubrimiento de una conciencia que busca proyectarse en realizaciones de auténtico contenido social.

.....De sueños que se vuelven caminos

XI

“Vamos a reunirnos esta noche a las ocho, en el consultorio de Enrique León, para hablar sobre ese asunto que tú ya sabes...van a asistir algunos colegas más y queremos que tú también estés presente; por favor, no faltes...” Estas fueron, más o menos, las palabras que escuché un buen día, en medio de los ajetreos profesionales y docentes que ocupaban nuestro tiempo, de los labios de los amigos Jorge Serrano y Pepe Neira.

En realidad, desde un tiempo atrás, venía rondándonos en la cabeza la idea de agrupar a varios especialistas en una sociedad autónoma dispuesta a organizar una institución médica de tipo multidisciplinario, capacitada para ofrecer un eficiente servicio de salud a la población de la ciudad y de la región austral.

Aquella noche, ante la concurrencia de unos ocho o diez colegas se trató de concretar por primera vez en forma seria la posibilidad de llevar a la práctica este proyecto como una respuesta a las necesidades crecientes de la sociedad y como una retribución a la confianza que muchos ciudadanos habían depositado en nuestras manos.

En las reuniones que en los días siguientes se efectuaron con un número mayor de interesados, se analizaron minuciosamente los pros y los contras de de este aventurado intento cuyos riesgos potenciales desanimaron tempranamente a unos cuantos de los inicialmente convocados.

A medida que se desmenuzaban las múltiples facetas de la empresa, muchos llegaron a la conclusión de que nos habíamos planteado un desafío demasiado ambicioso para nuestras limitadas posibilidades económicas y organizativas; por tanto, no valía la pena, según afirmaban, desacomodarse de la

tranquila rutina cotidiana y menos aún arriesgar capital e intereses en un proyecto que no tenía perspectivas ciertas de prosperar. Elocuentemente pues, ante el amenazante panorama que presentían, intentaron disuadir al grupo de continuar con la temeraria empresa y al escuchar los argumentos en contrario, optaron prudentemente por una retirada definitiva. El cauteloso sentido práctico de otros les aconsejaba más bien esperar el resultado de de la aventura para tomar la decisión final.

Sin permitir que esos desalentadores augurios los afectaran, los sobrevivientes del grupo inicial, diez obstinados soñadores, se empeñaron en la decisión de salvar cuanto obstáculo se interpusiera en el camino para alcanzar la anhelada meta. Se había agotado para ellos el tiempo de las cavilaciones; consideraron que la hora de marchar hacia delante había llegado.

Es evidente que la magnitud de las realizaciones humanas está determinada por las necesidades de su tiempo, por las tendencias y el estilo de vida, pero sobre todo, por la conjunción de esfuerzos y voluntades que se canalizan hacia la consecución de un fin, de una meta, lo suficientemente nobles y trascendentes.

Estos factores se conjugaron sin duda para determinar la culminación de ese proceso tan significativo para la ciudad y sus habitantes en la época propicia, cuando esos diez profesionales aceptaron la responsabilidad de protagonizar un hecho histórico de profunda relevancia social.

La noche en que se formalizó el solemne compromiso individual y colectivo de concretar definitivamente el proyecto, la expectativa de la inminente aventura se mezclaba en cada uno de los involucrados con el desasosiego que muy en el fondo despertaba la ingente tarea que les aguardaba; por eso, al

finalizar la decisiva reunión, se liberaron las tensiones tanto tiempo reprimidas con la oportuna ayuda de unas copas de reconfortante licor, de las que participaron aún los más sobrios y circunspectos compañeros que no pudieron sustraerse a la intensa emoción del momento.

Se cerraba de este modo la etapa de los sueños, de los análisis y de la planificación; comenzaba la desafiante tarea de las realizaciones prácticas.

XII

En el grupo de audaces aventureros que tan estrechamente se había consolidado, se destacaban los nombres de los más decididos y entusiastas impulsores del proyecto, Enrique León, José Neira y Jorge Serrano, bien secundados y con el absoluto respaldo de Claudio Arias, Fernando Crespo, Gil Flores, Alberto García, Enrique Martínez, Vicente Pérez y Edgar Rodas.

En un primer inventario de los valores con los que cada quien aportaría quedó claro que Enrique León contaba con sus equipos de radio diagnóstico y Gil Flores con los implementos de su laboratorio clínico; los demás contribuirían con los potenciales pacientes que en sus especialidades pudiesen conseguir. Por lo demás, no se disponía ni siquiera de un local apropiado y menos aún del equipamiento más elemental. Contar con un capital inicial se veía pues como la prioridad impostergable.

En ese tiempo el Banco del Azuay, siempre dispuesto a promover el desarrollo público y privado de la región, tenía en la presidencia de su Directorio al Doctor Carlos Arízaga Toral, hombre de lúcida visión empresarial, decidido impulsor de obras y proyectos de beneficio social quien, al enterarse de la intención de fundar la nueva Clínica, comprometió de inmediato su incondicional apoyo facilitando la concesión de un crédito global de quinientos mil sucres, repartidos entre los diez asociados, con el único respaldo de sus garantías personales.

Obligados, ya no tan solo por la palabra empeñada, sino por la responsabilidad pecuniaria, todos pusieron sus mejores ánimos en las múltiples gestiones requeridas para poner en marcha el tan anhelado proyecto. Después de considerar varias opciones,

se llegó a un acuerdo con el arquitecto Gastón Ramírez para el arrendamiento de la casa que fuera la residencia de su familia y que cumpliera con casi todos los requisitos que un edificio destinado a un pequeño hospital privado exigía en cuanto a ubicación, disponibilidad de servicios e infraestructura básica. Naturalmente que se debieron implementar una serie de reformas y de adecuaciones, sin que faltaran los que expresaban sus temores al pensar que el local se hallaba muy alejado del centro de la ciudad y que muy pocos se atreverían a concurrir a tan remotos parajes.

Se recibieron también algunas propuestas de venta de terrenos disponibles para la eventual edificación de un local apropiado sin que la limitada capacidad económica del grupo permitiera concretar ninguna de estas posibilidades. Como suele decirse, había que extenderse sólo hasta donde hasta alcanzan las sábanas por lo que, como la solución más factible, se optó por el arrendamiento del edificio de la Familia Ramírez.

Para los moderados objetivos que inicialmente se plantearon, este local parecía haber sido construido a la medida. En su planta baja se disponía de un pequeño vestíbulo de acceso, de un espacio destinado a la Botica y de un cuarto en el que instalaría el servicio de Emergencia. Se contaba además con un área de Recepción y Administración y una amplia habitación en la que cabían cuatro cubículos para Semipensionados y dos cuartos más para el mismo propósito. Todo ello se complementaba con una espaciosa Cafetería y los servicios de Cocina, Lavandería y Bodegas.

En el piso alto se adecuaron ocho Pensionados con baño privado, las habitaciones del Residente e Internos, los Quirófanos principal y de emergencia, la Sala de Partos y el área de Esterilización y Suministros, reservando una zona del pasillo para la Central de Enfermería.

Contando con un terreno de tres mil doscientos metros cuadrados, el edificio se rodeaba de un cómodo parqueadero frontal y de un amplio espacio verde en el que añosos árboles frutales, arbustos y plantas ornamentales, contribuían a crear un escenario tranquilo, de acogedora serenidad.

Hábiles metalmecánicos locales confeccionaron las camas ortopédicas provistas de sus mecanismos de posicionamiento, así como el abigarrado conjunto de portasueros, gradillas, carros de curación, mesas auxiliares, veladores, etc.

Las esposas de los socios, desplegaron durante este período una labor digna del mayor encomio pues, sacrificando el valioso tiempo que dedicaban al cuidado de sus hogares, se entregaron con ejemplar generosidad a la delicada tarea de seleccionar los más convenientes equipos de menaje de cama, ropa de quirófano, uniformes, cortinas, vajillas y tantos detalles en los que la sensibilidad femenina y el acertado criterio son los elementos determinantes.

La supervisión de los pormenores que crean en cada habitación un aire de amable calidez y hospitalidad no escapaban a su cuidado y, desde luego, merece reconocerse su discreta presencia para orientar, su delicadeza para aconsejar, su prudencia para guiar al novato personal en las tareas que se emprendían en la naciente institución.

La esmerada contribución, la entrega sin limitaciones a la causa común que se impusieron tan generosas damas como un deber de solidaridad y amor, dejaron una huella indeleble que identificaría la límpida trayectoria de aquella empresa que nacía con tan gentiles auspicios.

XIII

Simultáneamente se habían establecido los contactos con diferentes proveedores de equipos médicos en las ciudades de Quito y Guayaquil y tras una cuidadosa evaluación de las propuestas recibidas se resolvió recurrir a una agencia con sede en la capital que distribuía los equipos de “American Medical Hospital Supply”, en la que se adquirió la más moderna y completa mesa quirúrgica, una mesa ortopédica con sus aditamentos, una mesa para Obstetricia y Ginecología, una máquina de anestesia de tecnología avanzada y un pequeño autoclave, muy pequeño por cierto, pero cuyo precio se ajustaba al limitado presupuesto disponible. Se adquirió también un aparato portátil de Rayos X de la General Electric que hasta hoy presta sus servicios.

Una agencia local nos proporcionó un “frigosteril” de fabricación alemana, con la capacidad suficiente para esterilizar en seco los abultados equipos quirúrgicos de ropa. El heterogéneo instrumental quirúrgico requerido se obtuvo en diferentes agencias cumpliendo las normas de óptima calidad que se habían exigido. Incluso algunos socios aportaron con donaciones de su propio instrumental y varios implementos que se agregaron al arsenal técnico de la Clínica.

Esta serie de ajetreadas tareas demandaron muchas semanas de esfuerzos, obligaron a emprender repetidos viajes a la capital, a largas deliberaciones, a cautelosas negociaciones y aún a solicitar el asesoramiento de dos hermanas de la Caridad, expertas conocedoras de la organización y manejo de los pormenores de las áreas quirúrgicas y de enfermería.

En esa época, al no disponer de empresas de asesoramiento técnico o administrativo, los mismos integrantes del grupo se vieron obligados a ir improvisando sobre la marcha, imaginando soluciones, dejándose guiar por el sentido común o por la intuición, resolviendo al paso los inconvenientes o encarando los desafíos de cada día en el acelerado proceso que ya no admitía interrupciones ni demoras.

Por ejemplo, para seleccionar el logotipo que identificaría a la Clínica se solicitó que cada socio imaginara un diseño con la simbología médica apropiada y que fuera estéticamente atractivo. Se eligió por último el presentado por Enrique Martínez que mostraba la serpiente y la vara de Esculapio y que sugería las siglas C.S.I. que se convirtió por muchos años en el emblema inconfundible de la Institución.

Cuando llegó la reluciente mesa quirúrgica adquirida, constatándose que su peso se acercaba a la media tonelada, se decidió solicitar la ayuda de Frank Tosi que en su fábrica contaba con un montacargas o grúa capaz de elevarla hasta la planta alta del edificio. Este cordial amigo se hizo presente para estudiar el asunto y al comprobar que pudo levantar un extremo del artefacto unos cuantos centímetros, aseguró a los cuatro o cinco médicos presentes que podríamos subirlo a pulso por las gradas. Y así ocurrió: Frank por el un extremo, los asistentes por el otro, consiguieron subir peldaño a peldaño, la pesada mesa hasta la planta alta. Otro testimonio del pasado que se guarda en la memoria como un ejemplo de solidaridad y, desde luego, como una demostración de la notable fortaleza de aquel robusto amigo.

Pero el desconcertante maremagnum inicial iba desenredándose con el paso de los días y se comprobaba que los esfuerzos desplegados en tan exigentes jornadas habían rendido sus frutos. La Clínica, en su infraestructura física y

técnica, tomaba forma y adquiría personalidad y prestancia; las piezas del complicado rompecabezas encajaban una a una, hasta formar un conjunto armónico y coherente.

Conseguido este objetivo, se procedió a seleccionar cuidadosamente el personal técnico y administrativo, limitado a lo estrictamente necesario y que se componía de tres Internos, cuatro Auxiliares de Enfermería, una Ecónomo que era a la vez Jefe de Personal y una Secretaria-Recepcionista. Por suerte, las tareas de tan limitado equipo se complementaban largamente con la actividad de un multifacético personaje que fungía simultáneamente como Gerente, Director Médico, Administrador, Jefe de Suministros, Contador y Tesorero y que además en sus horas libres ejercía la docencia y una solvente y nutrida práctica profesional en Ginecología y Obstetricia. Este poliédrico funcionario, que por cierto no percibía sueldo, era nada menos que José Neira, constituido por voluntad propia, en solícito cuidador de aquella recién nacida que se bautizaría con el nombre de Santa Inés.

El personal de Servicios Auxiliares se reducía a unos seis o siete empleados, inexpertos en su mayoría pero responsables y honestos, dispuestos a dejarse guiar y a entrenarse con presteza.

Este era pues, el contingente técnico y humano que la flamante Clínica de Especialidades ponía a disposición de la ciudadanía en el mes de Marzo de 1967, garantizando la solvencia científica de sus servicios, la visión humanística de su filosofía y el indeclinable compromiso de su integridad profesional.

XIV

Cuenca recibió con expectante interés este aporte que los diez fundadores ponían al servicio de la comunidad, y las personalidades invitadas a la solemne inauguración de sus dependencias, pudieron constatar, complacidas, la calidad óptima de cada una de sus instalaciones.

Desde los primeros días de funcionamiento, la confianza de los ciudadanos que acudieron en busca de atención fue el estímulo y el aliciente para que profesionales y empleados se superaran en sus esfuerzos por brindar los más solícitos cuidados. Cada uno de ellos procuraba aportar con lo mejor de sus capacidades; nadie reparaba en los renunciamientos personales ni en los sacrificios. La solidaridad, el compromiso incondicional, eran los motivadores de esas difíciles tareas iniciales.

Para garantizar la solvencia de los servicios profesionales durante las veinte y cuatro horas del día, los diez socios se comprometieron a cumplir turnos rotativos durante las noches, los fines de semana y los días festivos, obligaciones propias de Residentes, que todos observaron religiosamente durante largos meses, sacrificando sus horas de descanso y la comodidad de sus hogares.

Pero no sólo era la actividad médica la que demandaba sus esfuerzos; casi a diario debían involucrarse en las múltiples ocupaciones administrativas y técnicas que mantenían la marcha de ese complejo mecanismo que habían puesto en movimiento; hasta de conserjes y camilleros hicieron muchas veces, sin que decayera ese entusiasmo generosos ni esa fraterna solidaridad que reinaban en el grupo.

Con ese sueño convertido ya en realidad, el incurable idealismo que inspiró su obra continuaba guiando su cotidiana actitud, hasta que llegó a convertirse en severa línea de conducta, variable estilo de vida en la conciencia de cada uno.

El prestigio de la Clínica Santa Inés, su relevancia ética y profesional no fueron pues valores donados gratuitamente sino los cimientos intangibles, consolidados paso a paso desde los primeros días. Ese prestigio y esa relevancia fueron el galardón que terminó conformando el sello de identidad de la Institución a lo largo de su ya dilatada existencia.

El primer vagido de un recién nacido que se escuchó en la incipiente clínica fue como el vaticinio, el augurio de esa depurada trayectoria vital que la distinguiría para siempre. El nombre del robusto varón, al que podría considerarse como el primogénito de la joven Institución, el que lanzó este aviso, encabeza un interminable catálogo de nombres de ciudadanas y ciudadanos que vieron su primera luz en las sencillas habitaciones la primitiva Clínica o en las elegantes suites de los últimos años.

Aquella reconocida solvencia profesional que se garantizaba diariamente en los servicios brindados, se revertía en los réditos de la creciente confianza y de la seguridad con que la gente acudía en procura de atención. Varios prestigiosos colegas de la ciudad, clínicos, cirujanos, pediatras, ginecólogos, comenzaban así mismo a comprobar con sus pacientes la calidad de los servicios prestados por la Clínica, volviéndose sus habituales colaboradores y asociados.

De este modo, las curvas estadísticas de hospitalización mostraban un ascenso sostenido, pero ello determinaba mayores responsabilidades y más exigentes parámetros técnicos y administrativos. La necesidad de incrementar el personal, de ampliar varias dependencias y de levantar algunas

nuevas, se concretó tras la celebración del Primer Aniversario de Fundación, con lo que se logró superar notoriamente la capacidad de atención a los pacientes.

Para ese entonces un solvente personal técnico se encargaba de las áreas administrativas y económicas, se contaba con los Residentes e Internos suficientes y se habían conformado los Equipos de Auxiliares de Enfermería necesarios para cubrir los turnos rotativos de trabajo.

XV

Al culminar su segundo año de vida ese organismo dinámico y floreciente había desbordado con creces las iniciales expectativas de sus fundadores; reclamaba pues una ampliación de sus estructuras y, con el aporte de nuevos profesionales, una adecuación de su planta física. Se hacía evidente la necesidad de solicitar el concurso de nuevos especialistas dotados de las cualidades humanas y científicas compatibles con los principios que regían la conducta de la Institución.

Bajo estos postulados se incorporan en 1969 Guillermo y Augusto Moreno, Moisés Arteaga, Marco Barzallo, Hernán Valdivieso, Jorge Montalvo, Jaíl Díaz y Julio Vega, conformando el contingente de nuevos especialistas a los que se suman en calidad de accionistas, el Arquitecto Gastón Ramírez y el Doctor Carlos Serrano, que desempeñarán un papel importante con su colaboración en el desarrollo arquitectónico y en la asesoría legal de la Empresa que, acto seguido, se constituye oficialmente en Sociedad Limitada.

A partir de entonces el crecimiento de la Institución no se detiene y en muy poco tiempo incrementa su planta médica con el ingreso de los jóvenes especialistas que van llegando de distintos países para cubrir el dilatado espectro de las disciplinas médicas y quirúrgicas y para propiciar la transformación de la sociedad a la categoría de Compañía Anónima.

Entre tanto, se había concretado la compra de la propiedad en la que se levantaba la Clínica con lo que se posibilitó la necesaria remodelación del edificio, construyéndose un pabellón destinado a nuevos pensionados, áreas quirúrgicas, administrativas y de servicio. Esto permitió contar ya con más de

veinte camas disponibles, dos quirófanos, una sala de partos y de cirugía menor, un amplio local de esterilización y suministros y también áreas de emergencia, botica y laboratorios más funcionales, cómodas secciones de recepción y administración y los servicios auxiliares que se ampliaron considerablemente.

Se renovó el sistema telefónico, se adquirieron modernas camas ortopédicas, mesas quirúrgicas, lámparas y autoclaves, máquinas de anestesia, monitores e incubadoras, siempre a tono con los adelantos tecnológicos.

El primitivo y familiar edificio en el que se inició la Empresa, permaneció incólume en su sobria y hospitalaria disposición como el carismático símbolo de una aventura concebida con la juvenil audacia de quienes pusieron su fe y honraron en la práctica la grandeza de su profesión.

Las nuevas promociones de especialistas que se incorporaban sucesivamente contribuyeron, no sólo con su aporte profesional sino con las herramientas técnicas de las que carecía por entonces la Clínica. Basta mencionar el primer tomógrafo computarizado que se conoció en el Austro, traído por Genaro Vásquez, el laboratorio de endocrinología aportado por Marcelo Cordero, el equipo de evaluación cardiológico de Miguel Molina y el laboratorio de patología organizado por Jorge Ugalde, así como los equipos de fisioterapia de Julio Vega y Washington Freire, que fueron significativos hitos en el desarrollo de la medicina regional.

Contando ya con las normas legales determinadas por los Estatutos y Reglamentos, se precisaban los caminos de la vida institucional y se regulaba la sucesión periódica de los Directivos que aplicaban las normas reglamentarias.

Con el incremento gradual del número de médicos socios, diferentes iniciativas se hicieron presentes en las Sesiones de Directorio y en las Juntas Generales. Así, las discrepancias de opinión se debatían en largas y acaloradas asambleas en las que generalmente terminaban imponiéndose los dictados del sentido común, sin que se sobrepasaran los límites del respeto mutuo.

Fructíferos fueron aquellos años en los que primaba la dignidad personal y la tolerancia con las ideas ajenas; tiempos en que las opiniones pesaban, no por el monto de las acciones sino en función del bien común; tiempos marcados por un idealismo seguramente anacrónico pero profundamente humano y solidario.

De aquellas enrevesadas deliberaciones se deducían normas y procedimientos que en la práctica tenían el carácter de experimentales pues, se ponían en vigencia y se evaluaban sus resultados a corto y mediano plazo, suprimiéndolos o modificándolos según el caso.

Por lo demás, esa permanente interacción de los socios contribuía a mantenerlos unidos y solidarios, conformando una verdadera familia motivada por el común empeño del progreso y de la superación. Fueron también por eso, años de ensayos reiterados, de aprendizaje, de entrega desinteresada y de las aspiraciones de crecimiento individual y colectivo.

La rememoración de una etapa histórica de la Santa Inés en la que no se concebía el irrespeto y el atropello a las normas reglamentarias, en la que, errados o no, todos de buena fe intentaban alcanzar el objetivo de la excelencia institucional, esa rememoración debe traernos el mensaje aleccionador de que nuestra profesión no merece otra cosa que el tributo de la más honesta respetabilidad.

XVI

Desde las etapas iniciales y por algunos años Enrique León presidió los destinos de la Institución. Su personalidad decidida y firme, su visión progresista y su capacidad ejecutiva propiciaron en gran medida el sostenido ascenso de la marcha institucional y sus adelantos tecnológicos. Las normas administrativas encauzadas en una exigente disciplina, la oportuna solución de problemas y complicaciones, la conciliación de la firmeza con la cordialidad en la supervisión de un creciente y cada vez más heterogéneo grupo humano, marcaron definitivamente en su gestión el rumbo que la Empresa tomaría en los años de su crecimiento y desarrollo.

Sus esfuerzos para contar con un tomógrafo axial computarizado de moderna tecnología y luego para adquirir un equipo de resonancia magnética, los primeros en el Austro, fueron un notable aporte tecnológico para la Institución que, una vez más, confirmaba su posición de liderazgo en los servicios de salud. Estos equipos se complementaron luego con los aportados por Fausto Arízaga.

Con su sentido práctico y su visión futurista, Augusto Moreno concretó la adquisición de una propiedad estratégicamente ubicada, cuya antigua casa se remodeló para convertirla en la Sede Social de la Institución mientras se estudiaba la proyectada construcción del edificio que sería el definitivo local de la Clínica. Varios obstáculos se interpusieron, especialmente los de carácter económico, de manera que esta legítima aspiración terminó por descartarse, resolviéndose más bien la venta de la propiedad a un consorcio comercial.

Bajo estas circunstancias se elaboraron los proyectos de remodelación y ampliación del edificio original con lo que la imagen física de la Clínica cambió radicalmente. La planta baja estaba ocupada por la Recepción, Departamento Financiero, Cafetería y Auditorio, Imagenología, Emergencia y Servicios Auxiliares además de la Botica y Laboratorios. Los pasillos de la segunda planta se extendían alrededor de la primitiva construcción con Consultorios y Pensionados, las Oficinas Administrativas y la Biblioteca. El piso superior albergaba tres Quirófanos, Sala de Partos, Vestidores, Esterilización y Suministros, Áreas de Recuperación, Cuidados Intensivos y Neonatología. Todos estos servicios se habían dotado del personal debidamente capacitado y del equipamiento técnico más moderno.

Tiempo después, con una nueva remodelación, los consultorios fueron adecuados como elegantes suites y en la planta baja como semi pensionados. Previamente una buena parte de los socios optó por la decisión de levantar una funcional Torre de Consultorios y otros ocuparon las oficinas disponibles en el edificio frontal.

En esta forma la Clínica Santa Inés pasó a constituirse en el núcleo de una floreciente área de concentración de servicios médicos en la que proliferaron consultorios, laboratorios, centros de terapia física y nutricional, boticas, locales comerciales, etc., generadores de una febril actividad social y económica.

Ese modesto organismo que nació en tan precarias condiciones pero con una potencialidad de crecimiento realmente extraordinaria, se había convertido en este imponente complejo en el que laboraban y se entregaban con esmero a su misión decenas de hombres y mujeres, alentados por las exigencias de una vocación hondamente sentida.

Enfermeras profesionales garantizaban ya una atención más técnica y un Director Médico de Planta supervisaba las tareas profesionales de la institución. La sociedad correspondía con creces a estos esfuerzos logrados venciendo obstáculos de muy variada índole, con su creciente confianza en los servicios de la Clínica, con las solicitudes de tantos especialistas jóvenes empeñados en asociarse a la Institución, con el reconocimiento a nivel nacional de ese prestigio ganado tan laboriosamente.

XVII

Resulta evidente que el influjo que la Santa Inés ejercía en el entorno médico de la región, el hecho de que se había convertido, no solamente en una organización de óptimo nivel científico y asistencial, sino además en un acreditado centro docente y de investigación, estimuló la competencia de otras asociaciones médicas de la ciudad que decidieron también crecer y modernizarse o iniciarse como instituciones. Beneficiosos intentos éstos para la sociedad con las diferentes alternativas que se le ofrecían y muy positivo el balance para la medicina Azuaya en general, puesto que una más exigente competencia estimulaba la necesidad de lograr los más altos índices de excelencia.

Por lo demás, el espíritu de camaradería y de mutuo respeto que habían cultivado los integrantes de la Clínica, fortalecido con el paso del tiempo y con el compartir de tantas experiencias, se demostraba con naturalidad y sencillez en el trato con los colegas jóvenes, con los empleados y trabajadores y con los colaboradores ocasionales de la Institución. Espíritu franco, sin dobleces, generoso para acoger a los nuevos colegas, con una actitud de brazos y corazones abiertos, en clara demostración de confianza en la buena fe de quienes solicitaban ser admitidos; comprobación cabal de ese magnánimo idealismo que marcó su huella en el destino de la Santa Inés.

Entonces, no era posible dejar de experimentar el sentimiento de pertenencia a una Institución que se afanaba por ofrecer los instrumentos idóneos y el escenario propicio para el justo desarrollo de las actividades profesionales de todos sus integrantes.

En ese grato ambiente se podía, por ejemplo, participar de las celebraciones que los Directivos brindaban a médicos y empleados y a sus familiares en las que se fraternizaba alegremente y se disfrutaba del ingenio desplegado por los autores de las coplas y ocurrencias humorísticas que se leían durante el festejo, poniendo al descubierto las debilidades y las manías de cada personaje.

Con emoción se escuchaban en estas reuniones las versiones musicales de los bien dotados intérpretes que abundaban en el grupo. Fraternas expresiones de ese clima cordial, cuyos habituales anfitriones eran Carlos Serrano y su Esposa en el generoso escenario campestre de su finca vacacional.

Pero si se añoran esos valores, cabe preguntarse si la esperanza de recuperarlos no se ha perdido, si, como decíamos, con mentalidades frescas y espíritus renovadores no sería posible retomar esa senda que se desdibujó con los años o si quizás esos valores aún conservan su vigencia en el corazón.

Hacer la apología de los hechos del pasado no implica desconocer los méritos del presente y menos aún adoptar la simplona teoría de que todo tiempo pasado fue mejor. En el largo o corto camino recorrido muchas veces se equivocó el rumbo y se extravió la brújula; pero esto ocurrió ayer y ocurre hoy porque errar es de humanos y no el patrimonio de ninguna época. Sin embargo, lo rescatable del pasado si debe estimular las acciones del presente en la búsqueda de nuestro común destino de protagonistas de la apasionante aventura de la vida.

XVIII

Una aventura compartida es una aventura doblemente apasionante porque el aventurero vive también las contingencias de sus acompañantes. La aventura del médico que se embarca hacia las insondables fronteras de su ciencia, que vive día a día, aparte de la suya, las vidas que se le confían, es la que implica sacrificar el bienestar personal por el ideal de su irrenunciable humanismo. Por eso su trayectoria adquiere los perfiles de un noble heroísmo, está marcada por la rectilínea disciplina de su compromiso moral y de su responsabilidad.

Sin duda, los itinerarios tan exigentes de ese viaje se hacen más llevaderos cuando la voz reflexiva o la mano solidaria de los compañeros ayudan a salvar los obstáculos y a prevenir los tropiezos y cuando la sana alegría y el optimismo son parte del equipaje que se lleva.

El sentido del humor es, según parece, el atributo de una personalidad saludable, abierta y espontánea y un atarácico sumamente eficaz cuando es aplicado con talento y sutileza. Este don del ingenio y del oportunismo no ha faltado por fortuna en la fructífera vida de la Santa Inés ya que a diario se ha acatado aquella sabia sentencia de Lord Houghton que dice. “El sentido del humor es el justo equilibrio de todas las facultades del hombre, la mejor garantía contra la soberbia del saber y la fatuidad de la imaginación, el aliciente más fuerte para sobrellevar con piadosa y prudente paciencia las vicisitudes de la existencia humana...”

Ni aún en los momentos más difíciles han faltado las muestras de ese espíritu desenfadado y optimista necesario para levantar los ánimos, para aligerar las tensiones, para aceptar, en suma,

que el que es capaz de reírse de sus propias extravagancias y flaquezas denota madurez emocional y una equilibrada personalidad. Muchas de las expresiones de esa saludable alegría han pasado a formar parte del anecdotario de la Clínica y son frecuentemente evocadas con emotiva y risueña nostalgia.

Una de las clásicas anécdotas se refiere a un episodio protagonizado por Vicente Pérez y un Conserje que era conocido por su proverbial sencillez, rayana en la ingenuidad. Minutos antes de una intervención quirúrgica el Dr. Pérez, mientras se reconfortaba en la cafetería con algún bocado, ordena al susodicho conserje:

-Vaya donde la Matilde y dígame que cambie la cal sodada, que yo ya subo en un momento.

El desconcertado subalterno transmite la orden en la siguiente forma:

-Señora Mati, manda a decir el Dr. Pérez que se cambie la calzonaria que él ya mismo sube...

No se recuerda la respuesta de Matilde, que era la encargada de Quirófanos, pero conociendo su temperamento explosivo, es fácil colegir el airado sermón aclaratorio que seguramente endilgaría al ingenuo mensajero.

Algún colega apareció un buen día por la Clínica estrenando un terno de color indefinido que tendía a tornasolado pues cambiaba de tonalidad con los efectos de la luz. Esto desató una festiva competencia entre los presentes que trataban de identificar el color del singular atuendo. Uno afirmaba: - Me parece que es un dorado antiguo... otro decía: -No, es como el color de un ojo a la vinagreta...Algunos más no se decidían entre el tono de una rosa marchita y el de una hoja seca...Por último, José Neira, un experto en arte pictórico, expresó su opinión: - Este es el color de un típico atardecer morlaco!... La víctima de

estos coloridos comentarios nunca más volvió a usar el dichoso traje.

Un taimado inquisidor, adoptando un aire de inocente curiosidad, se acercó alguna vez a una de las chicas de Enfermería para sonsacarle detalles de la conducta habitual de los colegas de la Clínica. Después de ganar su confianza hablándole de hechos intrascendentes y como quien no quiere la cosa, comenzó su interrogatorio:

-Y, dígame fulanita, ...¿Cómo se portan pues así en general, los doctores con ustedes..., no son medio molestositos...?

-Bueno, verá...algunos como el doctorcito fulano y el mengano son buenitos y serios...ellos no molestan nunca...

-Ah..., pero si hay otros que son medio picarones y que les andan diciendo cosas...-insinuó el preguntón.

-Sí, bueno...esos como el docto sutanito y el otro y el otro y hasta ese otro, son bastante molestosos y andan no más diciéndonos tonteras y con sus bromas, pero pura boca no más son...!

-Claro, claro, así mismo son hechos los graciosos..., pero los doctores ya medio mayorcitos si que han de ser bien serios ¿no?... , ellos jamás han de hacer nada, ¿No es cierto...?

-¡Já!...¿Esos serios?...ni se crea, ya sabe...esos hechos los “muspas” son los peores de todos!.....

Así pues, esa aparente parsimonia e imperturbable seriedad de algunos colegas ocultaba, según se deduce, una faceta traviesa y picaresca que, al igual que las explosiones del fosfórico temperamento de otros o la “acatisia” que mantenía en inquieta actividad a alguien o la manía por la puntualidad de unos y la proverbial impuntualidad de otros, eran motivo de festivos comentarios y de ingeniosas historias exageradas sobre hechos reales o inventadas en los corrillos que se congregaban en la cafetería, en los que además se juzgaba a los Directivos de turno,

pontificando sobre lo que se debía o no se debía hacer en la administración de la Clínica.

Pero, claro, había más tela en que cortar para mantener el espíritu jovial: los alardes del que intenta presumir de imaginarias grandezas, una especial manera de expresarse, una peculiar interpretación de la moda, la tendencia a exagerar hazañas y méritos personales, unas acrobáticas habilidades para la danza, eran desmenuzados intencionadamente y convertidos en graciosas historietas que circulaban de boca en boca a espaldas de los involucrados o que se hacían públicas en las lecturas jocosas de las reuniones festivas.

Sin duda, todo ello contribuyó a mantener ese clima optimista y cordial, solidario y familiar, matizando las tensionantes responsabilidades del quehacer cotidiano.

XIX

Al adquirir la mayoría de edad la Clínica Santa Inés había ratificado su hegemonía técnica y científica, había escrito una página original e irrepetible en la historia de la Medicina Azuaya con reconocida influencia en el ámbito nacional. Había consolidado firmemente su creciente prestigio y se proyectaba como un paradigma, un modelo, el referente obligado para evaluar el nivel de eficiencia profesional entre los centros privados de atención médica en el Austro del país. Era un organismo vivo, en permanente expansión que logró desbordar los límites de su propia estructura.

No era posible por eso seguir confinándola a los términos de una Clínica privada pues adoptó la fisonomía y las connotaciones de la formal organización de un Hospital, el primero en su género en la Región Austral, confirmando una vez más su posición de avanzada, su vocación de liderazgo.

Siempre en vigencia entre sus paredes una invariable conducta ética; vigentes en sus dependencias esos miles de dramas del acontecer humano; resonando en sus pasillos los ecos de esas batallas heroicas libradas más allá de los límites del sacrificio personal por los que juraron un día entregar su vida a una noble causa.

Siempre presente el recuerdo de tantas lágrimas trocadas en sonrisas, de las desazones en positivas esperanzas, del abatimiento en optimismo, de esos nuevos retoños de vida brotando bajo la luz de cada amanecer; espléndidas recompensas al esfuerzo, estímulos para persistir, alientos para superar el cansancio, la satisfacción íntima del deber cumplido con honestidad.

Escribiéndose sin desmayo una historia de fe y de entrega en la angosta vereda por la que transita el médico: la tenue frontera que media entre el milagro de la vida y el insondable abismo del más allá.

La modesta semilla original depositada en terreno fértil había germinado con prodigalidad transformándose en el vigoroso árbol donador de exuberante cosecha que dio sombra y hospedaje a varias generaciones.

Para quienes creyeron en la mágica metamorfosis de un sueño convertido en semilla y ésta en airoso tronco de savia fecunda y abundante follaje, la Clínica es sencillamente, la vida, su vida ofrecida con desinteresada abnegación, un legado de su patrimonio humano, el testimonio fiel de la vocación apasionada de los que aceptaron el desafío y la responsabilidad que dicha profesión les imponía.

Para todos los que se acogieron a su resguardo, la Clínica ha sido el hogar donde se consolidó la personalidad y se reforzó la seguridad anímica, donde todos aprendieron a distinguir los cambiantes matices de la naturaleza humana y las distintas apariencias con que la vida se manifiesta.

La historia de sus años de formación y desarrollo es la historia de sus creadores y la de sus continuadores; guarda la impronta de quienes afianzaron sus cimientos y de los que respetaron sus principios. En sus pasillos se perciben aún las huellas del voluntarioso espíritu que erigió esa obra para la posteridad con la misión de seguir incentivando la genuina vocación de los que vendrán mañana.

Por eso, la Santa Inés no extraviará su rumbo; enfila su camino hacia un horizonte pródigo ya que en su hoja de ruta vuelven a ponerse en vigencia los itinerarios que se marcaron con esa entereza moral que garantizó una enaltecida línea de conducta, compatible con los ideales que inspiraron su fundación.

Como el árbol tutelar que extrae la savia nueva de sus raíces más profundas después de una poda radical, la Clínica se yergue una vez más renovada y alerta, dispuesta a desafiar los vientos del Nuevo Milenio.

Bajo su sombra seguirán escribiéndose las páginas heroicas de la experiencia humana, de las más nobles ambiciones del espíritu, de ese perenne inconformismo que alienta la obsesiva búsqueda de las nuevas conquistas de la mente y del corazón porque, como alguna vez dijimos, la aventura del hombre no conoce límites y la aventura del médico desborda las fronteras de la mente y del corazón.

Al haber rememorado los orígenes y el desarrollo de esta obra, los intrépidos aventureros de entonces la sentimos tan fresca y vital como cuando ensayaba sus primeros pasos, y los acontecimientos menudos o grandes, esos atisbos de su historia, adquieren un mayor sabor, como si se tratara de las cadencias y los ritmos de nuestra propia vida.

Percibimos hoy claramente que aquí están todavía vivos los principios que fueron capaces de dar forma y consistencia a un sueño audazmente concebido. Es ahora para nosotros ese generoso organismo de frutos perennes que se renueva en cada amanecer y que guarda aquel espíritu denodado que seguirá incentivando la voluntad de quienes hoy sueñan con sembrar la semilla del futuro.

XX

Los acontecimientos que enlazan el devenir histórico de una institución son el producto de los esfuerzos y de las luchas cotidianas de los hombres y mujeres que se han comprometido a ser los constantes buscadores, no precisamente de una meta, sino de una encrucijada de caminos, de las inéditas experiencias diarias que permiten activar a cada paso la propia capacidad de entrega y descubrir las múltiples facetas del ser humano y de su entorno.

Los años pasados de ese acontecer protagónico y visionario que ha caracterizado al Hospital Santa Inés reafirman el coherente testimonio de una actitud vital, científica y humana, responsablemente asumida por todos y cada uno de sus integrantes.

El vertiginoso torbellino del tiempo nos sumerge en la era de la nueva tecnología y de la ciencia, en una dinámica globalizada y hegemónica con diferentes conceptos del ser humano y sus valores fundamentales.

Esta nueva era proyecta su luz sobre lo que vendrá y con sus parpadeos de sombras nos obliga a aceptar los implacables designios del tiempo, esos intervalos oscuros, esos vacíos que va dejando a su paso.

Sin embargo, sentimos que aquellos compañeros de viaje que se nos adelantaron hacia la ignota y suprema aventura de la vida, siguen reconfortándonos con el invalorable legado de su obra. El eco de su voz aún resuena en estos pasillos; todavía su espíritu alienta entre nosotros y sus lecciones de fe, de coraje, la fuerza de su apasionada vocación siguen y seguirán inspirando la voluntad de quienes hoy se empeñan en emular sus conquistas.

Ese destino de grandeza y ese tenaz propósito de superación que fueron sus normas de ética, de conducta de acción siguen manteniendo su jerarquía en la joven generación que hoy rige la institución. Porque también para ellos no son suficientes los ingentes logros conseguidos; persisten en la incansable búsqueda de la excelencia; piensan que algo más siempre queda por hacer y en el día a día ponen en juego los mejores recursos de su mente y de su corazón.

Ellos escriben hoy el nuevo capítulo de esta historia singular, de este vital proceso evolutivo que no se detiene, que, definitivamente, ha marcado el rumbo y ha liderado el desarrollo de la moderna concepción de la asistencia médica especializada en Cuenca y en la región austral del país y están conscientes de que el milenio que se inicia plantea nuevos y exigentes retos y que los avances científicos y tecnológicos obligan a no perder de vista el camino que se abre al futuro.

La obra grande, la trascendente, la que deja huella sólo se consigue cuando se da la conjunción de esfuerzos y voluntades en un grupo humano movido por el mismo ideal. Esa coincidencia de cualidades aglutinadas por un espíritu y una filosofía comunes permiten abrir un panorama nuevo en el vasto horizonte de las potencialidades humanas.

Luis Mario Tamayo y sus actuales colaboradores se han constituido en los herederos de la noble tradición que distinguiera a través de los años, la vida del Hospital Santa Inés, una vida en la que han alternado episodios teñidos de heroicidad, de sacrificio y entrega, de idealismo y de descarnado realismo. Por eso, han asumido la responsabilidad de conferir al quehacer institucional los más altos propósitos, aquellos que señalaron la invariable línea de conducta que identificaría desde su nacimiento a esta institución.

La ruta de un promisorio futuro seguirá guiando los pasos de esta, nuestra casa. Su destino de grandeza y su inextinguible voluntad de superación trazarán la silueta final de una obra concebida como un símbolo de la magnitud de las realizaciones de los espíritus más altruistas y generosos.

Ese futuro fluirá mientras el ideal que lo inspire se mantenga encendido, mientras en el corazón arda la llama de la entrega, mientras la ruta trazada se enfile hacia lo más noble del ser, mientras los valores sublimes del médico en su dimensión humana y profesional, conserven incólumes su vigencia.

SEMBLANZA DEL AUTOR**ENRIQUE MARTÍNEZ VÁSQUEZ**

Nace en Cañar en 1933, obtiene su doctorado en 1961 en la Universidad de Cuenca, se especializa en Ortopedia y Traumatología en el Instituto Traumatológico en Santiago de Chile (1961-1963), formó parte del Proyecto HOPE en 1964, ejerce su Cátedra Universitaria entre 1964-1977, desempeña su labor profesional en el Hospital Regional Vicente Corral Moscoso, Socio Fundador Hospital Santa Inés y Presidente del Hospital Santa Inés.

DISTINCIONES

- Premio Benigno Malo Universidad de Cuenca 1961.
- Diversos reconocimientos y condecoraciones de Centros Médicos del País.

PUBLICACIONES

- EL ÚLTIMO CENTAURO, (Narrativa) Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay. Cuenca, 2000.
- LATE DIAGNOSIS CONGENITAL HIP LUXACIÓN: CLASIFICACION AN TREATMENT. Revista Cultura Médica. Ecuador, 1992.
- Ensayos y artículos especializados en publicaciones médicas, que han sido traducidos y constan en diversas revistas internacionales.
- Conferencista en congresos mundiales de Ortopedia y Traumatología.

PUBLICACIONES: COLECCIÓN CIENCIAS SOCIALES

<https://ces-ai.wixsite.com/website>

- 1.- COMPENDIO DE ESTUDIOS SOCIALES SOBRE ECUADOR de VV. AA. (2019).
- 2.- PROVINCIA DE EL ORO: Anuario de fiestas de Rodrigo Murillo Carrión (2019).
- 3.- ENTRE CANARIAS Y ECUADOR de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 4.- LA CULTURA DEL MAÍZ. SARAMAMA. Lenguaje, saberes e identidad en la comarca azuayo-cañari de Carlos Álvarez Pazos (2019).
- 5.- CUADERNO DE PRÁCTICAS DE PSICOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN. Grados de Magisterio (Infantil y Primaria) de Camino Álvarez Fidalgo, Ginesa López Crespo y José Martín-Albo Luca (2019).
- 6.- CRÓNICAS INTERCULTURALES de Brígida San Martín García, Edgar Cordero Coellar y Lorena Álvarez León (2019).
- 7.- PROCEOS DE MUNDIALIZACIÓN coordinado por Pedro A. Carretero Poblete, Arturo Luque González y Ramón Rueda López (2019).
- 8.- INDICADORES SOBRE ACTIVIDADES CULTURALES DE LOS ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA. Volumen I: Actividades culturales de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 9.- GESTIÓN CULTURAL ALTERNATIVA. Reflexiones para su ejercicio de Ramiro Caiza (2020).
- 10.- EPISTEMOLOGÍA ANDINA coordinado por Pedro A. Carretero Poblete y Jennifer M. Loaiza Peñafiel (2020).
- 11.- ASÍ NOS CONTARON LA HISTORIA DE ESMERALDAS de Manuel Ferrer Muñoz (2020).
- 12.- TEJIENDO REDES, CONSTRUYENDO PUENTES de Arturo Luque González (2020).
- 13.- LECTURA Y EDUCACIÓN LITERARIA: Aproximaciones, prácticas y reflexiones, Coordinado por Genoveva Ponce Naranjo y Aldo Ocampo González (2020).

- 14.- ¿QUIÉNES SON LOS POBRES ECUATORIANOS POR INGRESOS? UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN de Efstathios Stefos (2020).
- 15.- EL DERECHO A LA SEGURIDAD SOCIAL Y EL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD EN ECUADOR de Claudia Sánchez Vera (2020).
- 16.- DE LO RURAL A LO URBANO EN ECUADOR, coordinador por Pedro A. Carretero Poblete, Franklin R. Quishpi Choto y Luis A. Quevedo Báez (2020).
- 17.- TERRITORIO Y PATRIMONIO, Coordinado por Rosa Campillo e Irina Godoy (2020).
- 18.- TESTIMONIOS, VIVENCIAS, REFLEXIONES E IMÁGENES EN TIEMPOS DE COVID-19: Ecuador, Tenerife, Málaga y Roma, coordinado por José Manuel Castellano y Genoveva Ponce Naranjo (2020).
- 19.- TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE URBANO DE RIOBAMBA (1900-2018) de Estebán W. Bravo Carrión, Ana L. Cerda Obregón y Fredy M. Ruis Ortiz (2020).
- 20.- COSMOPOLÍTICA, DEMOCRACIA, GOBERNANZA Y UTOPÍA, coordinado por Luis Herrera Montero y prólogo de Adrián Scribano (2020).
- 21.- CRÓNICAS DESDE ECUADOR de José Manuel Castellano Gil con prólogo de Manuel Ferrer Muñoz (2020).
- 22.- ANÁLISIS COMPARATIVO DE LA POLÍTICA PÚBLICA UNIVERSITARIA ECUATORIANA (2004-2017) de Héctor Aníbal Loyaga Méndez (2020).
- 23.- LO ESCRITO, ESCRITO ESTÁ de Simón Valdivieso Vintimilla (2020)
- 24.- ÁLBUM HISTÓRICO FOTOGRÁFICO: CUENCA-ECUADOR de Adriano Augusto Merchán Aguirre con prólogo de José Manuel Castellano (2020).
- 25.- HISTÓRIAS DA QUEERENTENA. Coordinado por Pablo Pérez Navarro (2020).

PUBLICACIONES COLECCIÓN TALLER LITERARIO

<https://ces-al.wixsite.com/website>

1. POEMARIO de Edisson Cajilima Márquez, con prólogo de Francisco Viña (2019).
2. SÁBANAS RESUCITADAS de Juan Fernando Auquilla Díaz, con prólogo de Catalina Sojos (2019).
3. MISCELÁNEAS DE VOCES JÓVENES de VV.AA., con prólogo de Juan Almagro Lominchar (2019).
4. SUPERNOVA de Francisco Carrasco Ávila, con prólogo de Jorge Dávila Vázquez (2019).
5. EL ÁRBOL DE CAMELOS de David M. Sequera (2020).
6. QUEJAS DESDE LA LÍNEA IMAGINARIA de Claudia Neira Rodas, con José Manuel Camacho Delgado (2020).
7. KILLKANA: Relatos de jóvenes ecuatorianos, Coordinador por David Sequera (2020).
8. VOLVER A CASA de Manuel Ferrer Muñoz con prólogo de Catalina Sojos (2020).
9. POEMAS ENTRE ORILLAS de VV.AA. (2020).
10. NUEVA CANCIÓN DE EURÍDICE Y ORFEO de Jorge Dávila Vázquez (2020).
11. CIUDADES de Juan Fernando Auquilla Díaz con prólogo de Cristian AVECILLAS Sigüenza (2020).
12. DIEZ PEQUEÑAS HISTORIAS de Esthela García con prólogo de Germán León Ramírez (2020).
13. SINFONÍA DE LA CIUDAD AMADA de Jorge Dávila Vázquez con prólogo de Francisco Proaño Arandi (2020).
14. LOS COLORES PERDIDOS Y OTROS RELATOS de Isabel Victoria Sequera Villegas y Andrés David Sequera Villegas con prólogo de Yesenia Espinoza (2020).
15. HAIKUS COTIDIANOS de Ramiro Caiza (2020).
16. POEMAS SOBRE DOS CIUDADES, VV. AA. Con prólogo de Yesenia Espinosa e ilustraciones de Alicia Méndez (2020).

La obra da cuenta sobre todo de una época ya reposada en la memoria en torno a la década de los sesenta y parte de los setenta del siglo pasado. El libro y su autor nos llevan a través de un recorrido imaginario por una Cuenca andina, la de los ríos, la conservadora, la parva, la universitaria, la que hipnotiza con sus artesanías, la que sabe de poner su acento con esdrújulas cantadas, la emprendedora y empresarial, la recoleta, también la hipócrita. Pero también nos llevan a través de dicho recorrido imaginario por una Cuenca “cargada de alma”, en la definición del poeta quiteño Gonzalo Zaldumbide.

Una Cuenca atada y anclada en el tiempo que el presente libro se encarga de ponerle permanentes correlaciones con el mundo de la medicina y la salud. Parte del libro toca los déjã vu de los años cincuenta del siglo pasado, cuando la ciudad reportaba escasamente cincuenta mil habitantes, en contraste con multiplicarla por diez para el 2020. Y todo ello en contexto con la realidad de médicos, estudiantes y pacientes.

(...) el buen sentido del humor para mirar los acontecimientos que ocurrieron citados por el autor en torno al advenimiento y crecimiento inicial de la clínica Santa Inés, con anécdotas que son parte también del mundo ventajoso de la alegría que se vive en la mitad de la medicina grave, adusta, a veces trágica, emergente, difícil.

Dr. Gustavo Vega

